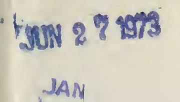


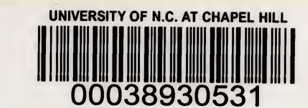
Rubén Martínez Villena

La Pupila Insomne



TERCER FESTIVAL DEL LIBRO CUBANO


JUN 2 7 1973
JAN


UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00038930531



22-2

BIBLIOTECA BASICA DE CULTURA CUBANA

DIRECTOR: Alejo Carpentier

PRIMERA SERIE:

1.—Cirilo Villaverde: *CECILIA VALDES.*
2.—José Martí: *SUS MEJORES PAGINAS.*
3.—José Martí: *POESIAS COMPLETAS.*
4.—Alvaro de la Iglesia: *TRADICIONES CUBANAS* (Tomo I).
5.—Félix Lizaso: *EL PENSAMIENTO VIVO DE VARONA.*
6.—*LOS MEJORES CUENTOS CUBANOS*, Antología de Salvador Bueno (Tomo I).
7.—*LAS MEJORES POESIAS CUBANAS*, Antología de Cintio Vitier.
8.—Nicolás Guillén: *SUS MEJORES POEMAS.*
9.—Alejo Carpentier: *EL REINO DE ESTE MUNDO.*
10.—Enrique Labrador Ruiz: *EL GALLO EN EL ESPEJO.*

SEGUNDA SERIE:

11.—José Martí: *LA EDAD DE ORO.*
12.—Miguel de Carrión: *LAS IMPURAS* (Tomo I).
13.—Miguel de Carrión: *LAS IMPURAS* (Tomo II).
14.—Alvaro de la Iglesia: *TRADICIONES CUBANAS* (Tomo II).
15.—Juan Cristóbal Nápoles Fajardo: *RUMORES DEL HORMIGO.*
16.—Jorge Mañach: *MARTI, EL APOSTOL.*
17.—Luis Felipe Rodríguez: *LA CONJURA DE LA CIENAGA.*
18.—*LOS MEJORES CUENTOS CUBANOS* (Tomo II).
19.—*POESIA JOVEN DE CUBA.*
20.—*LOS MEJORES ENSAYISTAS CUBANOS.*

TERCERA SERIE:

21.—Rómulo Gallegos: *DOÑA BARBARA.*

22.—Rubén Martínez Villena: *LA PUPILA INSOMNE.*

23.—Carlos Luis Fallas: *MAMITA YUNAI.*

24.—Cintio Vitier: *LOS GRANDES ROMANTICOS CUBANOS.*

25.—José Eustacio Rivera: *LA VORAGINE.*

26.—Horacio Quiroga: *CUENTOS DE AMOR, DE LOCURA Y DE MUERTE.*

27.—José Antonio Portuondo: *EL PENSAMIENTO VIVO DE MACEO.*

28.—Mariano Azuela: *LOS DE ABAJO.*

29.—Alejo Carpentier: *LOS PASOS PERDIDOS.*

30.—Miguel A. Asturias: *EL SR. PRESIDENTE.*

RUBEN MARTINEZ VILLENA

La Pupila Insomne

Con un bosquejo biográfico de Raúl Roa



TERCER FESTIVAL DEL LIBRO CUBANO

IMPRESO EN LOS TALLERES TIPOGRÁFICOS DE EDITORIAL LEX.
AMARGURA NOS. 259-261, LA HABANA. — TELÉFONO 6-6320.

Yo destrozo mis versos, los desprecio, los regalo, los olvido: me interesan tanto como a la mayor parte de nuestros escritores le interesa la justicia social.

R. M. V.

realización plena del hombre, desafió mil veces la muerte y quemó alegremente su vida. Y eso —y no sus versos estremecidos y bellos, ni su prosa literaria. tan irisada de matices insólitos— es lo dominante y perdurable en él. Rubén Martínez Villena, hay que advertirlo a la entrada misma de su libro de versos, es ya un nombre y una vida —porque aún estando muerto él vivirá y alentará mientras su creencia lo exija— que pertenece, definitivamente, a la revolución de los oprimidos.

El propósito de llevar sus escritos al libro se remonta a la mañana misma en que fuimos, entre banderas rojas y canciones de fuego y el corazón desgarrado, a entregarlo a la "mansa caricia de la tierra". Nació junto a su tumba, prematuramente abierta, al calor dramático de las arengas, como un compromiso sagrado. Judith —su hermana dos veces, por la sangre y por el espíritu— asumió la dulce y dolorosa responsabilidad de convertirlo en realidad. Pero no tengo una idea precisa si estaba en el plan original de los editores el de inaugurar la impresión con los trabajos revolucionarios de Rubén. Cabe presumirlo. De todas maneras, motivos insuperables obligan a diferir, por el momento, la publicación de su aporte valiosísimo al misxismo militante. (1)

Por otra parte, una contingencia inesperada y asaz deplorable ha impedido, asimismo, que sea Enrique Serpa, conforme al criterio primitivo de los editores el que abra estas páginas con una interpretación general de la vida y de la obra literaria y política de Martínez Villena. Muestra admirable de lo que pudo

(1) En esta sazón bueno es recordarlo, imperaba en Cuba un régimen de tipo fascitizante, que tenía secuestrada la conciencia pública, cuajadas de cárceles y gran número de sus opositores en el destierro.

haber sido su esfuerzo, en ese emocionado fragmento, espléndidamente escrito, que ofreció como primicia en un magazín dominical del periódico "Ahora". Ese ensayo trunco de Serpa será mi guía leal y la referencia obligada en todo lo relativo a la personalidad infantil de Rubén.

Fué una mañanita de diciembre, muy tupida de brumas no obstante las aureas lanzadas del sol, que recibí, a través de Judith Martínez Villena, la encomienda de sustituir a Serpa a virtud de la contingencia apuntada. No debo, ni puedo ocultar el íntimo sacudimiento que ello me produjo. Hace ya largo tiempo que yo alentaba el propósito de escribir un libro sobre Rubén Martínez Villena. Un libro que lo devolviera como fué, con sus ternuras y sus cóleras, arrebatado y angélico, al seno desolado de sus compañeros de brega. Circunstancias adversas —ahora agravadas— han venido frustrando la realización del empeño. ¿Se quedará él en proyecto? ¿Será su destino el mismo destino de tantos otros libros y sueños que exaltan mi ya larga vigilia bajo constelaciones extrañas?

Por lo pronto, esta página apasionada y devota quedará como rastro encendido de la existenci recóndita —subconsciente— de ese libro anhelado.

I

Agis, el espartano, fué descendiente directo de reyes. Saint Simón, conde. San Martín y Bolívar, vástagos mimados de nietos de encomenderos con escudo rutilante a la puerta. Carlos Marx se casó con una hija del Barón Westfalia. Kropotkine era príncipe. Lenin se abrió a la vida entre pañales de seda.

No les fué a la zaga este revolucionario magnífico. Si el bisabuelo materno ostentó los refulgentes atri-

butos y el aire condigno de un marquesado legítimo, del Real Tesoro por más señas, su genealogía arranca del infante don Juan Manuel, nieto de San Fernando, príncipe de Villena y turbulento señor de la poesía y de la prosa castellana en el siglo XIV. Sin embargo, al revés de ellos y a pesar de la gotita de sangre azul en las venas, Rubén Martínez Villena vino al mundo en cuna modesta y en un pueblito sin historia, triste como un paisaje sin fondo, inmóvil como un lago muerto. Nació en Alquízar, provincia de La Habana, el 20 de diciembre de 1899. Su primer vagido coincidía así con los últimos resplandores de las cargas homéricas de Antonio Maceo y con un nuevo y más siniestro rechinar de cadenas, que todo lo envolvía y amargaba.

Tuvo por madre a Dolores M. de Villena y por padre a Luciano Martínez, a la sazón oscuro profesor recién graduado. De ambos, y de los dones y características heredados de ellos por Rubén, destacando a la vez lo que en éste fué aporte descollante y propio, Serpa ha dejado un acabado y penetrante esbozo, que juzgo pertinente reproducir.

Era Dolores Villena —anota Serpa— una mujer de delicada belleza, rostro fino y gestos aristocráticos, que delataban la ranciedad de su estirpe. Tenía los cabellos claros, azules los ojos y la voz melancólica y blanda, transida de ternura. Toda ella irradiaba simpatía, noble modestia y dulzura. Y así se mantuvo hasta los días postreros de su vida. Ni siquiera la enfermedad implacable y torturadora que la llevó al sepulcro pudo agriar la miel de su bondad. Se hallaba dotada, además, de una imaginación fértil y de una sensibilidad exquisita.

El padre de Martínez Villena, en cambio, es un hombre enérgico, saludable, laborioso y positivista. Tiene del honor un concepto estricto y un concepto riguroso hasta el escrúpulo de la probidad. La cultura pedagógica ha disciplinado su inteligencia. Y su realismo crítico, alerta siempre, cura de excesos y rebeldías su imaginación. De ahí que yo le imagine poco dado a soñar y oponiendo siempre su pensamiento concreto al ideal abstracto. Y, sin embargo, su vida constituye, en verdad, la materialización de una quimera. Era en su juventud —ya casado— modesto profesor de Instrucción Pública, en Alquízar, sin más caudal que una voluntad firme, su inteligencia, el amor a sus hijos y la devoción a su esposa. Todo ello era suficiente para vegetar en un pueblo humilde. Y hasta para concretar la dicha de un hombre mediocre. Pero Luciano Martínez sintió el estímulo de una ambición loable, que lo incitaba a buscar otra vida más cómoda, siquiera fuese en beneficio de su progenie. Para conseguirlo únicamente se abría ante sus ojos un camino: el del trabajo y el estudio. Y decidió tomarlo. Pero, ¿cómo? El propósito, fácil en la apariencia, resultaba difícil de realizar. Alquízar, pueblo pequeño y pobre, era un ambiente asfixiante para su anhelo de prosperidad. ¿De qué valía allí una ambición alta y conquistadora, sino hallaba presa digna de sus garras? Obligado entonces por las circunstancias, determinó trasladarse con su familia a La Habana. Aquí la lucha fué ardua, quizás fatigosa en extremo, pero, al mismo tiempo, fecunda. Encontró el profesor esforzado y anónimo dificultades y obstáculos. Mas su energía se mantuvo tensa. Y, al precio de la inteligencia y el estudio, fué conquistando la estimación de los doctos, primero; de los estudiantes, después. El Estado se honró, más tarde, ofreciéndole cargos técnicos de gran

responsabilidad en la Secretaría de Instrucción Pública. La Universidad —donde obtuvo por oposición una cátedra— lo reputó uno de sus profesores más ilustres. Y es ahora, para la pública admiración, una gloria de la Pedagogía cubana.

Y de dos seres así, tan opuestos que unidos formaban un todo armónico, heredó Rubén Martínez Villena lo mejor que cada uno de ellos podía ofrecerle. La madre le transmitió su bondad perfecta, su finura espiritual y una potencia de imaginación extraordinaria. Y el padre, sus energías vitales y su aptitud para las funciones intelectivas. Tal herencia, sin embargo, siendo mucho, no era todo. Pero sobre aquellos factores genéricos, acrisolados al fuego de una naturaleza excepcional, floreció una inteligencia privilegiada. Y entre esta inteligencia y aquellos factores dieron vida a una individualidad que, por su valor de totalidad, destaca de su generación como "un verso de consonancia imposible".

En un buído comentario a la vida ejemplar de Pasteur, Gregorio Marañón ha pintado, con singular maestría, la tragedia del "alumno perfecto". La historia registra, por excepción, que algún espíritu genuinamente egregio lo haya sido. En su casi totalidad, las individualidades impares fueron estudiantes díscolos y sobremanera desdeñosos de la lección obligada, del certamen y el premio. El régimen de relaciones sociales dominante y las formas correlativas de enseñanza han sido responsables, en el fondo, de esa actitud y de esa aversión representativas. La escuela, que debía ser amable torneo y fuga liberadora, ha sido y sigue siendo suplicio y grillete. ¿Hay, en realidad, algo que guarde más entrañable parecido con la cámara inquisitorial del medioevo que una escuela al

uso? ¿No resulta consecuencia necesaria de ello el "terror" al colegio? El muchacho se ve cogido así entre las redes de un dilema ineludible: o la tortura del aprendizaje escolar, con todos sus rigores y vicios, o el alegre desasosiego del "tutivao", con todos sus corolarios domésticos.

Rubén Martínez Villena, tan capaz como cualquiera de apelar al extremo recurso, tuvo, por singular paradoja en esta isla de mayorales y dómines, el privilegio, la "gracia de una pedagogía eficaz". La Escuela 37, enclavada en el Cerro, donde discurrió su clara niñez, era, en efecto, una ventana abierta sobre la perspectiva ondeante de la vida. El maestro era allí consejero y amigo. Aquel colegio tenía algo que los demás no tenían: se aprendía sin esfuerzo ni fuerza. Como quien va a cazar tomeguines a la loma cercana, iban los muchachos a clase. En los bancos, codo con codo, se sentaban el negrito y el blanco, en fraternal mescolanza. Dominaba, empero, la faz demacrada, la sonrisa triste, el traje raído, el zapato roto, signos distintivos de pobreza. Allí, cada mañana, se servía "desayuno gratis" a los que lo necesitaran y pidieran, que eran muchos.

Pero la Escuela 37 era, además, una pequeña república, con su presidente, su poder legislativo y sus tribunales. Los cargos representativos, conforme al sistema vigente, se cubrían por elección directa entre los propios alumnos. ¡Justas maravillosas, sin componte ni muñidores, sin bravas ni coaliciones! De esta manera, en la práctica desinteresada del autogobierno, los directores de la Escuela 37 contribuían a fomentar en los educandos, con una aguda percepción de la realidad circundante y de su propio futuro, el concepto de la responsabilidad y la preocupación ciudadana. El alcance social de este ensayo puede me-

dirse en este hecho: para aspaviento de los reaccionarios de siempre, el orden y la disciplina escolar descansaban en la comunidad estudiantil. Salvador de la Torre y Luis Padró fueron así, sin sospecharlo siquiera, los precursores de las luchas recientes por una disciplina y una escuela nuevas.

En aquella atmósfera propicia, la personalidad infantil de Rubén se desarrolló en línea ascendente. No se propuso jamás ser el primero, pero lo fué casi siempre sin que nadie lo advirtiera, ni tomara a mal. Este rasgo suyo de sobresalir sencillamente, sin enterar al vecino, ni darse por enterado, fué característica central de toda su vida y raíz acaso de su magnetismo poderoso, de su difícilmente igualable capacidad prosélita. Sus compañeros de aula hablan todavía conmovidos de su inteligencia vivísima, de su atención sostenida, de su afán desbordado de saberlo y de inquirirlo todo, de su sorprendente sentido de observación, de su memoria leal y afiebrada. Para él no había explicación ardua ni problema difícil. Vencía los obstáculos con la misma naturalidad con que el corredor de distancia devora la milla. Cuando el triunfo le sonreía, la alegría suya era de alegría limpia de todos. Si la suerte le era adversa, si otro le arrebataba el sitio de honor, sus compañeros lloraban a hurtadillas por él, ya que Rubén no encontraba otra manera de honrar al triunfador que participando sin reservas de su júbilo. ¡Cuántas veces no se venció a sí mismo entregando al amigo sus armas mejores! ¡Cuántas veces no sacrificó su respuesta precisa en favor del compañero apurado!

Sus condiscípulos veían, tenían que ver en él, al amigo mejor. Al amigo que todo lo daba y nada pedía, que no obstante sus zapatos nuevos y su ropa limpia era igual que ellos y nunca se sentía más feliz que

en sus tugurios inhóspitos, que lo mismo sabía de Salgari y Nick Carter, que jugar a los trompos, degollar una pena y repartir su merienda. Al amigo, en fin, cuya bondad y cariño tenía un solo límite: la injusticia. Y era entonces que su endeble figura cobraba ante ellos estatura de hombre y ascendencia de jefe.

Fué así como llegó, aupado en sí propio, aclamado y contento, a la suprema magistratura de la república escolar, llevado al cargo cimero por la admiración y el amor, en votación torrencial que hizo época. Y ya presidente siguió siendo el mismo. Durante toda su vida será siempre igual: la "guilladera" cubana no tendrá nunca cabida en su espíritu. Pero aquella aventura escapada a Rousseau fué en Rubén algo más que circunstancial incidencia. Enrique Serpa —testigo de mayor excepción— la ha caracterizado en juicio certero.

En aquel jugar al hombre con responsabilidad —escribe su amigo de infancia— halló su personalidad profunda medio adecuado para desenvolverse, enriqueciéndose al par. El poder que la confianza y el cariño habían puesto en sus manos, afirmó, depurándolos, su caudal de solidaridad humana y su ingénito espíritu de justicia. Parejamente desarrolló su voluntad de organización y le dió el hábito de la disciplina, que implica, tanto como saber obedecer, saber mandar. Y acaso la conciencia de aquel poder fué la cuna de su talento político, de aquel gran talento político que, al correr de los años, habría de ganar para el proletariado cubano dos batallas memorables: la huelga general de marzo de 1930 y la que en 1933 organizó contra la criminal tiranía de Machado.

Cierto día, ya al concluir su mandato presidencial, el director de la Escuela 37 llamó a Rubén a su despacho. Era la hora bulliciosa y jocunda del recreo. Cuando retornó al juego —un atorbellinado "uan,tu,-tri", con pelota de trapo— tenía la mirada más viva, vivísimo, casi eléctrico, el ademán, la carita encendida. El director le había mostrado una carta, dirigida a Rubén, por Gerardo Machado, a la sazón secretario de Gobernación del gabinete de José Miguel Gómez, en la que lo felicitaba cálidamente por su intachable y ejemplar gestión al frente de la república infantil. ¡Quién iba a decirle al futuro y execrable tirano que, mucho tiempo después, aquel mismo muchachito cuyo civismo encomiaba, habría de lanzarle virilmente al rostro, en tumultuosa y memorable entrevista, la frase calificativa de "Asno con garras".

Aquellos años transparentes y libres —raíz verdadera y profunda de su individualidad posterior— quedarán vivos y frescos en el recuerdo de Rubén. En vez de difuminarlo, el tiempo perfilará ese "pedacito de infancia" cada vez más netamente. Habrá instantes en que ese recuerdo tomará cuerpo en él —carne luminosa de su espíritu— y será su vida misma. Rubén guardará ese tesoro —única vez— con celo explícitamente avaro. Y lo llevará consigo, muy apretada a su pecho ya roto, donde quiera que vaya, donde quiera lo empuje el huracán sublime de su carrera revolucionaria. Irá con él al escondite y al Pleno, a la Quinta y al sindicato. Irá con él a New York y en el Cáucaso frío, remotamente bello, ese recuerdo cantará para él, solitario y enfermo, la canción inefable de los días claros.

"Mi infancia, es cierto, tuvo un esplendor de aurora".

II

Rubén Martínez Villena cursó su bachillerato en el Insituto de La Habana. Trece años acababa de cumplir cuando rindió, jovial y confiado, su examen de ingreso.

En el Instituto sobresalió en primera fila desde que traspuso sus umbrales. Cosechó en todas las aulas y en todos los cursos simpatías, admiración y cariño. Predilecto de sus profesores, fué amigo generoso y desbordado de todos y camarada fraterno y solícito de los más humildes y tristes. Y aunque tuvo siempre la sonrisa alerta y a pasto la alegría, una rara seriedad se le cuajaba a menudo en el rostro, como si tuviera una confusa premonición de su alto destino. Por lo demás, la misma pasión de sabiduría, de desentrañarlo todo, de captar las causas recónditas, las esencias últimas de las cosas. Y eso en todas las asignaturas. Hacia el tercer año su espíritu insaciado e inquieto pareció polarizarse con especial delectación en la Geometría y en la Física.

Sin embargo, algo extraño y profundo empezaba a germinar en Rubén. Desde muy niño —él lo recordará luego— había siempre reaccionado con peculiar vibración ante las cosas sensibles. Una puesta de sol, un trozo furtivamente entrevisto de mar palpitante, una canción cristalina, una mariposa desorientada, una cara triste, suscitaban hondas resonancias en él. Pero ahora Rubén experimentaba, además, un impulso radiante y creciente de dar forma verbal, carne literaria, no sólo ya a sus respuestas ante las maravillas y sombras del mundo objetivo, sino también a sus más íntimas emociones y pensamientos. Tembloroso, una noche, dió febril salida a su impulso. Soledad y silencio propiciaban un ambiente adecuado. Por la lu-

ceta entreabierta, se colaba, con plateado sigilo, un rayo tenue de luna que se hacía nimbo en su cabellera revuelta color de tabaco maduro. El papel se llenó, poco a poco, de trazos y signos. Luego, lectura a hurtadillas. En seguida, otra lectura. Y otra. De pronto, se levantó con un salto felino, abrió la ventana, confundió un momento su mirada azul con el azul trémulo de los astros y sereno, en un gesto socrático, lanzó lo que había escrito a la calle desierta. Allá abajo, dispersos, los papeles se perdieron cantando en la sombra. A la noche siguiente, igual. Y así noche tras noche.

Apareció el poeta. En vano habría podido ocultarlo: todo su ser encendido delataba la divina fiebre que lo consumía. Deslumbrado y a la vez inconforme de sus propios hallazgos, se sacó afuera, en desenfreno magnífico, cuanto le vibraba por dentro. Vivía en el verso y para el verso. Trascendió así, entre ritmos y ensueños, las pruebas de junio sin percatarse siquiera de sus notas brillantes. Un curso más y sería bachiller. A mediados del mismo, voces sensatas le recordarían gravemente que ya iba siendo hora de escoger la carrera. Pero él, antes que nada, sería, tenía que ser fiel a su voz interior, aquella voz mágica que transmutaba en diamante y en oro el cobre vulgar de la vida diaria. Estudiaría, sí, cualquier cosa, probablemente Derecho. Mas él sería poeta, sólo poeta, a pesar del birrete y la toga. Y en la pugna esforzada y hermosa por serlo, todo lo rimó.

Como él era muy joven y era aquella, época de modos y modas venidas a menos, de nostalgia servil y canija de ritmos y voces ya muertas, y de hondo y general desajuste y de insurgencias larvadas, su verso niño fué desorbitado, derretido y amorfo. Tuvo todos los matices y todos los desmayos, fué risa y fué

llanto, grito sin eco y eco sin grito. El poeta acabó así por sentir un agotamiento progresivo —que vencía el ánimo y abría una compuerta cómplice al agua palúdica del pesimismo— en aquel ciego despilfarro de su fuerza lírica. Insensible, fatalmente, inhibida la facultad crítica, abandonado a su propio estrago, su numen se tornó sombrío, quejumbroso, desesperanzado. Dudó de todo, dudó de sí mismo: la vida fué "vano ejercicio" y la muerte jardín encantado. Fué así, a pesar de la estrella y a pesar de la flor, un negro sollozo inacabable. Sintió allá en lo hondo como un desgarramiento brutal y traspasado de angustia, ávido de remanso y sediento de luz, volvió su pupila tremante al pasado cercano, a su niñez soleada, sin torturas, remordimientos, blasfemias, ni sombras. El poeta se sintió ya hombre y con la vida vacía, como un trasto inútil, en el umbral dorado de la juventud.

Rubén sufrió entonces una crisis dilatada y profunda. Una de esas crisis de pura estirpe romántica que Jules Laforque resumió en un verso que hizo inusitada fortuna: "¡Ah, qué cotidiana es la vida!" Coincidió la última etapa de esta crisis con el ingreso de Rubén en la Universidad, donde se matriculó, por propia determinación, en la Facultad de Derecho.

Fué aquel, sin duda, un minuto crucial de su vida. Otros, en parejo trance, saldrían definitivamente vencidos. El, no. El había nacido para superar los conflictos y seguir adelante con "la mirada en la cumbre". Los más diversos y adversos sentimientos se embestían en su conciencia por eliminarse recíprocamente. De un lado, un concepto negativo y claudicante de la vida lo arrastraba virtualmente a la pasividad y al recuerdo, al vegetar resignado y a la autocontemplación estéril. De otro, una fuerza secreta, honda, imperativa, vibrante, envolvente, dominadora, luchaba

por sacarlo intacto de la inminente y poralizadora neurosis.

Aquel duelo agonal tuvo por arena la décima. Oigamos, con el ánimo tenso, las voces de la pugna tremenda:

Pero ya no tengo nada;
árida, triste y oscura,
será mi vida futura
como mi vida pasada.
. . . .
Porque mi ser necesita,
para seguir su camino,
algún cambio en el destino.
bajo el que llora y se agita.
Una pasión infinita,
algo que acabe mi duelo,
y que cumpliendo mi anhelo
al abatir mi amargura
me deje el alma tan pura
como un pedazo de cielo...
. . . .
Larga cuesta del vivir,
cima escarpada y altiva
donde voy "peñas arriba"
sin fe para proseguir...
. . . .
Emprende rauda subida,
no importa que en tu carrera,
en la zarza que te hiera
vayas quedando a retazos,
porque tus mismos pedazos
me servirán de bandera.
. . . .

Acabe ya mi tormento,
cese mi rudo quebranto,
concluyo mi triste llanto
y mis dolores sin cuento.
....
Mira el fondo del abismo,
desprecia su podredumbre,
reanímate con la lumbre
de tu enérgica protesta
y sigue luego la cuesta
con la mirada en la cumbre!
....

Triunfó la fuerza centrífuga, la fuerza buena y generosa, la fuerza nutricia del desinterés y de la ofrenda, la fuerza que hace apóstoles y hace héroes. Y Rubén fué ganado así, por sí mismo, por lo mejor y más distintivo y determinante de su individualidad, para la vida y para la acción. No discurrirá mucho tiempo sin que se verifique ese supremo "cambio en su destino" que su ser clama desde lo más hondo y "necesita". Y la suave melancolía que quedó como lastre de la fiera y jadeante batalla se irá diluyendo lentamente en un escepticismo inofensivo y blando, que, a veces, ante "el no saber a dónde vamos ni de dónde venimos", o ante una pena entrañable, o un anhelo imposible, tendrá clamor de grito inconforme y sentido viril de protesta. Pero a la vez brotó en él —manantial ignorado— una penetrante y delicada ironía, una ironía que tiene de alfiler y de ala.

El ambiente universitario, por su parte, operará sobre Rubén como un tónico poderoso. Bajo el laurel centenario fermenta la vida y el futuro se atisba sobre la realidad del presente. Tuvo allí, a su sombra fragante y cargada de trinos, como Julio Antonio Me-

lla más tarde, la revelación turbadora y confusa de la realidad circundante, del mundo político, hasta entonces inexistente para él. Y era hosca y era fea, y toda estaba enturbiada por un humo hediondo de apetitos oscuros y pasiones bajas, de pugnas comineras y sangrientas por el mangoneo de la cosa pública y del predominio cada vez más amenazante y letal de los intereses norteamericanos en la economía y control del país, aquella realidad súbitamente revelada.

Musa patria, esto no fué
lo que predicó Martí.

Rubén Martínez Villena sufrió una conmoción visceral. Era el despertar violento de su naturaleza política. Espíritu de reacciones extremas y netas, su primer impulso fué de asco y reniego. El segundo, sin transición alguna, de mezclarse al tumulto y enarbolando el cauterio y el látigo liquidar la gangrena y el lodo. No bastaba, ciertamente, el impulso inconcreto y magnífico: había que darle sentido y objeto. Pero ya su intuición maravillosa de poeta le advertía a su impaciencia sin norte que la coyuntura no tardaría en ofrecerse.

Por lo pronto, y en ansiosa vela de armas, se dió a la exploración crítica de nuestro pasado histórico. Pasó días enteros inmerso y absorto en la proeza mambí. Y por natural reacción —como antaño anhelara remedar a Sandokan— sintió la nostalgia de Palo Seco y de la prédica fustigadora y ardiente de José Martí. Pero quiso más aún: quiso vivir una vida de peligro y de lucha, una vida abnegada y heroica como aquellas vidas de llama que incendiaron la manigua criolla a golpes de portentosas hazañas, quiso darse todo a una causa que lo mereciera.

Como huella rutilante de aquellos días calenturientos han quedado un intento de novela histórica y varios sonetos arrebatados.

A principios de 1919, y no obstante su manifiesta repulsa por los estudios jurídicos —más afilada y violenta cuanto más se adentraba en su sórdida entraña— Rubén empezó a trabajar por las tardes en el bufete "Ortiz, Jiménez Lanier, Barceló". Este Ortiz no es otro que el enciclopédico y lenguaraz Don Fernando. Muy pronto, de mecanógrafo auxiliar, Rubén pasó a ser secretario particular de aquél. Ortiz ha descollado con luz propia donde quiera que ha metido su monstruoso entusiasmo y su poderoso cerebro; pero uno de sus grandes timbres de gloria a mi juicio es haber tenido dos secretarios particulares del calibre de Rubén Martínez Villena y de Pablo de la Torriente-Brau.

Ya en la Universidad se iniciaban las primeras protestas contra la docencia anquilosada, corrompida y feudal. No había aún un criterio meridiano y firme de la raíz verdadera de los males académicos. Pero no cabía duda de que aquello era un síntoma de algo más hondo. En el subconsciente de aquel griterío bullían ya los gérmenes del movimiento universitario de 1923. Rubén estuvo a la cabeza de aquellas protestas, adquiriendo su encendida figura, de nítido perfil romántico, relieve de líder. Fué entonces que Juan Marinello trabó con él una amistad viva y honda, alimentada a la razón con idénticos afanes líricos y un común desdén por la abogacía. Andando el tiempo esa amistad, a virtud de radical discrepancia poltica, habría de sufrir un eclipse, para luego reaparecer, más honda y más viva que nunca, al encontrarse sus corazones soldados en la misma tarea redentora.

Aquellas escaramuzas estudiantiles tienen en Rubén distinta significación y sentido que en la mayoría de sus propios protagonistas. En su interior se va haciendo la luz. Y, a medida que ahonda en el análisis de los factores en juego, se va penetrando de que enmarcar rígidamente los males académicos al recinto universitario y no contemplarlos como la resultante obligada del proceso histórico, es atacar la enfermedad por las ramas.

En la conciencia de Rubén Martínez Villena se están ya gestando, sigilosamente, las premisas de su gran salto futuro.

III

En 1920 y en torno a una mesa del café Martí empiezan a reunirse cada noche un grupo de escritores y poetas jóvenes. Son infinitamente más ricos en proyectos maravillosos, que en realizaciones concretas; pero dotados en su mayoría de una amplia y escogida cultura y de positivo talento. Algunos ya han publicado su estrofa y su cuento; mas lo mejor y perdurable de ellos está precisamente en proceso de cuajo. Allí, cada noche, deshacen y componen el mundo, se agitan furiosos contra la Academia —la Real de la Lengua y la nativa y ojerosa de Artes y Letras— y los bardos melenudos de turno, recitan sus versos y declaman sus prosas inéditas entre gráficas aprobaciones recíprocas, trituran el último libro y al prójimo ausente. En eso de cortar fluses son sastres maestros: no hay reputación ni prestigio que salgan ilesos de sus implacables tijeras. Alguna que otra gran figura, merece su entusiasmado respeto: Martí, Verlaine, Darío, Varona, Herrera Reissig, Valle Inclán,

Manuel Sanguily, Unamuno. Y a la hora de irse, ya en la alta noche, instintivamente lo hacen en grupo. En una palabra: la tertulia del café Martí poseía los atributos propios y característicos de una genuina peña literaria. Y como para que ésta fuese completa, al correr de los años, daría por lo menos un Judas y más de dos descastados.

En torno a la mesa del café Martí, casi siempre repleta de libros, cuartillas y vasos de agua, tomaron asiento más de un transeúnte ilustre y algunos escritores extranjeros temporalmente radicados en La Habana. Los contertulios diarios, los que nunca fallaban, lloviera o tronara, eran, entre otros que de momento escapan a la memoria, Andrés Núñez Olano, Enrique Serpa, Guillermo Martínez Márquez, Alberto Lamar Shweyer, Miguel Angel Limia, Arturo Alfonso Roselló, Regino Pedroso, Rafael Esténger, Ramón Rubiera y Juan Marinello. Cuando Martínez Villena llegó al grupo eran visitantes frecuentes el cronista nicaragüense Eduardo Avilés Ramírez y los poetas españoles José María Uncal y Julio Sigüenza.

Las anécdotas, fanfarronadas y chismes de la peña de Martí fueron tan famosas en su hora como los martes de la calle Roma y en su casi totalidad se han conservado. Pero como no han tenido hasta ahora su biógrafo es lógico ya presumir que el tiempo dará cumplida cuenta de ellas. En rigor, no creo yo que se pierda nada que merezca la pena. Peñas literarias las ha habido y siempre las habrá y todas se parecen y parecerán como una gota de agua a otra gota de agua. Por lo demás, basta y sobra con un Pombo y un Ramón.

Rubén fué en la peña de Martí la nota impar. Tolerante, comprensivo, cordial, cristalino, sencillo, no tuvo nunca el gesto emperifollado de otros tras de re-

citar su último verso, todavía caliente del largo y penoso cocido. Si enseñaba los suyos era a instancia reiterada del grupo. Y para él —caso insólito entre gente de pluma, donde la vanidad y la envidia crecen silvestres como el marabú en la campiña criolla— los ajenos siempre fueron acabados y bellos. Cuando Rubiera o Núñez Olano mostraban sus realizaciones perfectas, a él se le saltaba el gozo en los ojos y su palabra se atropellaba de elogios. El dijo del grupo, públicamente, lo que el grupo jamás diría de él en privado. Y eso que era grande y ostensible la estimación y el cariño que todos le profesaban. La tertulia del café Martí duró un año poco más o menos, y, luego de un breve paréntesis, reapareció en "El Fígaro". Los asistentes eran casi los mismos, con la excepción de Jorge Mañach, recién llegado de Harvard, Félix Lizaso y de José Z. Tallet, traído de la mano por Fernández de Castro con el júbilo del cazador que acaba de atrapar una presa rara.

Era aquel un momento crucial de las letras cubanas. El modernismo había sido ya liquidado en el mundo hispano. Los grandes poetas que le dieron lustre y sentido vivían la vida claustral y sin eco de los manuales de literatura. Empero, y como consecuencia de nuestro general retraso histórico, de nuestra coloneidad sustantiva, entre nosotros tenía aún seguidores fanáticos el finisecular movimiento. Fuera de Agustín Acosta, eran casi todos poetas de menor cuantía. José Manuel Poveda y Regino Boti son casos distintos. Ambos representan—más Poveda que Boti— una actitud, si nutrida en todas las conquistas y todos los hallazgos de los modernistas de aquende y allende el Atlántico, de franca y relevante afirmación personal. Temperamentos antihistóricos, desvinculados trágicamente de su tierra nutricia, dan una sensa-

ción desagradable del desarraigo absoluto. Son los evadidos y deshumanizados de su momento.

La nueva promoción lírica, los "nuevos" de la Antología de Lizaso y Fernández de Castro —los que antes se reunían en Martí, luego en "El Fígaro" y compondrán posteriormente el "Grupo Minorista" al calor de "Social" y del bufete de Emilio Roig de Leuchsenring— siente la necesidad, más temperamental que histórica, de superar la estación modernista. Admira y exalta a Darío; pero, atenta a su propia difusa inquietud y a las voces que inquietan el mundo, sigue su camino adelante desembarazada de cisnes y de marquesas Eulalias. Las constelaciones han cambiado. La vida universal ha entrado a regirse por un nuevo cuadrante. Nuevas ideas y nuevos hechos apuntan en el horizonte enconado de la historia. La guerra imperialista de 1914-18 no sólo ha desangrado y empobrecido a los hombres. Ha puesto, parejamente, en quiebra, en trance de radical revisión, todas las instituciones y valores tenidos hasta entonces como permanentes. La revolución rusa —cuya significación histórica y humana ha trascendido la del cristianismo, el renacimiento y la revolución francesa— abre perspectivas insospechadas a la vez que escinde en dos porciones antagónicas al régimen económico y social dominante. Una gran inquietud, cada vez más profunda y extensa, estremece las entrañas de la civilización occidental. Se percibe un sordo y oscuro y creciente rumor que brota de abajo, del hondón de la tierra, como un torrente interior que pugnara por abrirse paso buscando salida adecuada. Es el ascenso incontrastable de la masa al primer plano de la vida histórica.

Llega a Cuba el fragor del sacudimiento lejano. El sismo tiene su centro irradiador en Europa. Pero

como Cuba está rodeada por todas partes de coloniales murallas, el fragor llega a ella con apagado y difuso rumor de resaca. El entrechocar de las clases sociales históricamente enemigas no tiene sino muy débil conciencia en la clase oprimida. Hasta 1924 —cuando ya la China y la India se desperezan de su pasividad milenaria— no surgirá el primer partido genuinamente marxista. Transcurrirán varios años sin que Bontempelli y Cocteau, Giradoux y Marinetti, Majakowski y Bretón lleguen al conocimiento y dominio de nuestra más avisada gente de letra. De Alejandro Block, ni se diga. Fuí yo quien lo dió a conocer en 1927. Cuando el "vanguardismo" aparezca en nuestra literatura será una insurgencia trasnochada y vacía, amén de su fisonomía definidamente reaccionaria. Y no será hasta 1927 que la poesía cubana tenga su primer latido social a través de Regino Pedroso y en poema —"Salutación Fraterna al Taller Mecánico"— que levantaría singular polvareda.

Los "nuevos" vieron así, comprimidas, por imperativos históricos, sus vagas apetencias renovadoras. Su poesía fué así, en general, tanteo y trasiego. (Tallet es excepción: poéticamente no cabe en el grupo). Si algo tipifica a los "nuevos" es precisamente su ausencia absoluta de orientación definida. El descubrimiento lírico de José Martí —a los treinta años largos de haberse Rubén Darío proclamado su discípulo— no es un hecho fortuito. Pero mucho menos lo es que, ante el fracaso republicano, volvieran sus ojos al "Manifiesto de Montecristi", poniendo sus esperanzas políticas a la sombra del ideario incumplido.

Todo eso, explica, desde mi punto de vista, la falta de unidad y coherencia esenciales, en la llamada promoción de los "nuevos". Por eso, más que factores de

un movimiento de renovación literaria —como se pretende caracterizarlos— son principalmente intérpretes a su manera del momento que les tocó vivir. Y en eso, en el calor y el color, en el dramatismo y la fuerza, con que sus temperamentos traducen la vida, está la verdadera, la única novedad de los "nuevos". Ello explica, asimismo, que sea Rubén Martínez Villena, no obstante su obra escasísima, el poeta más destacado y la voz más auténticamente personal del grupo.

La enfermedad y muerte de su madre sorprendió brutalmente al poeta en plena faena, dejándole el pecho herido y el cerebro entre sombras. Fueron días de amargura y desolación infinitas, sin consuelo ni tregua, que él recordará siempre como los más espantosos y aciagos de su vida cargada de sufrimientos morales y físicos. Días en que sólo sentirá como signo de vida, bajo su sien torturada, "el toque inverosímil del campanario mudo".

IV

En junio de 1922, casi al año de haber terminado la carrera, Rubén se graduó de doctor en Derecho Civil y Público. Dejaba tras de sí, en la colina universitaria, un bosque perfumado de afectos. Ahora la vida se abría ante él como un alba de promesas. Talento, cultura, verbo, simpatía, personalidad: le sobraban resortes para ser un gran abogado y hacerse rico, inmensamente rico y llevar una vida regalada y tranquila. En el bufete donde trabajaba, todavía estudiante, ya le había rondado más de una proposición tentadora. Pero él no sería abogado ni rico. Se lo impedía, no ya su condición de poeta; se lo impedía su conciencia. Y ante el asombro de Fernando Ortiz se quitó del bufete y escondió el pergamino. Luego lo

usará como arma vibrante de lucha, para defender perseguidos y procesar la injusticia. De otro modo no concebía al abogado.

Ese año, en cambio, fué pródigo en versos. Hizo dos sonetos maestros: "La Ruta de Oro", prefacio lírico a los "Poemas Cantábricos" de Uncal, y "El Cazador", donde la delicadeza de la forma atenúa la crueldad del motivo. El "Homenaje al Monosílabo Ilustre" y "Presagio de la Burla Final" —sonetos también— ostentan su garra. Pero su realización cimera de ese año fué la "Canción del Sainete Póstumo". Es un poema dolido e irónico, en el que el poeta se burla diabólicamente del velorio y de la muerte. Por la índole peculiar de la anécdota y la manera emotiva con que la resuelve, la "Canción del Sainete Póstumo", sin ser su mejor creación, es la que más extensa popularidad ha disfrutado y disfruta. Como él mismo dijera, burlón, a Pablo de la Torriente-Brau, es su "Niagarita".

Rubén, sin embargo, se siente insatisfecho. Y no sólo de su obra poética y de sí mismo: insatisfecho de todo. El ambiente lo ahoga. Su naturaleza política —ya revelada en memorable ocasión— ansía cobrar vida activa. Aquel ensimismado y estéril vivir - el verso es cárcel estrecha— es indigno de él. La necesidad de actuar —imperativo de conciencia en Rubén— impone sus fueros. Actuar, ¿pero en qué? Rubén se hurga por dentro y no acierta a centrar políticamente su anhelo.

Hay una fuerza
concentrada, colérica, espectante,
en el fondo sereno
de mi organismo; hay algo,
hay algo que reclama

una función oscura y formidable.
Es un anhelo
impreciso de árbol; un impulso
de ascender y ascender hasta que pueda
¡rendir montañas y amasar estrellas!

Sufre otra crisis profunda. Ese denodado braceo por darle contenido concreto a su vida, lo agota de nuevo. Siente así, y lo expresa en un soneto de factura heredaiana, la angustia del hombre que "no siente, ni espera, ni rememora nada". Pero es sólo un momento.

¿Cómo enclaustrarse egoístamente en tu angustia —le dice al oído la fuerza centrífuga, la fuerza generosa y buena— cuando la isla entera reclama porque la saquen de la angustia y del fango?

Rubén Martínez Villena siente cómo le circula la indignación por las venas. No: él no será de los que contemplen el "crimen en calma". Él pondrá su inteligencia y su pecho en la lucha por acabar con el crimen.

La hora ha llegado. El 1923 es su bautizo político, que es también su eterno desposorio con la vida y con la acción. El ruinoso Convento de Santa Clara había sido comprado en tres millones de pesos por el gobierno de Zayas. Es una operación monstruosa. El país entero repudia el turbio negocio. Pero nadie osa decirlo. Rubén lo dirá. Y ante el mismo secretario servil que refrendó, sin corresponderle siquiera, el escandaloso decreto.

Mediodía. Academia de Ciencias. El salón está lleno. Minutos antes de iniciarse el acto se aparece Rubén seguido por un grupo de amigos. Incluyendo al líder bizarro, suman trece en total: José Manuel Acosta, José Antonio Fernández de Castro, José Ramón

García Pedrosa, Luis Gómez Wangüemert, Alberto Lamar Schweyer, Primitivo Cordero Leyva, Félix Lizaso, Francisco Ichaso, Jorge Mañach, Juan Marinello, Calixto Masó y José Z. Tallet. La presidencia abre el acto y concede la palabra al Dr. Erasmo Regüiferos.

—Señoras y señores...

No dijo mas. No pudo decir más. Una voz vibradora y viril le arrancó la palabra. Todas las pupilas se concentraron, de una vez, asombradas, en la magra y ardorosa figura por cuya boca salía aquella magnífica clarinada. La presidencia ensayó vanamente reducirla al silencio. Regüiferos temblaba. El público —un público de chaqué y circunspecto, público de Academia de Ciencias— no salía de su asombro. La presidencia dió por terminado el acto. Rubén y sus amigos se fueron altivos y pálidos.

Horas después Martínez Villena trascendía por primera vez las rejas de la cárcel. Al día siguiente, un juecesillo venal los procesó a todos por un delito de injuria. El hecho conmovió la conciencia pública. El pueblo, con esa percepción finísima que le caracteriza, advirtió en él un signo prometedor. Todo no estaba inficionado ni perdido. Había aún honradez y entereza.

Rubén, inflamado todavía, se hará eco del episodio en su energico "Mensaje Lírico-Civil", dirigido al poeta peruano José Torres Vidaurre. Sus estrofas finales merecen ser recogidas, porque ellas contienen la imagen informe del futuro revolucionario:

Pero esto es sólo un síntoma, hace falta una valla
para salvar a Cuba del oleaje maldito:
hay la aspiración de perpetuar el delito
y la feroz política se rinde a la canalla.
Hay patriotismo falso, de relumbrón y pompa,
con acompañamiento de timbales y trompa:
se cambian secretarios en situación muy crítica,

. . . .
Hace falta una carga para matar bribones,
para acabar la obra de las revoluciones;
para vengar los muertos que padecen ultraje,
para limpiar la costra terca del coloniaje.
. . . .
Yo juro por la sangre que manó tanta herida
ansiar la salvación de la patria querida,
y a despecho de toda persecución injusta,
seguir administrando el cáustico y la fusta.
Aumenta en el peligro la obligación sagrada.
(El oprobio merece la palabra colérica.)
Yo, tiro de mi alma, cual si fuera una espada
y juro, de rodillas, ante la madre América.

Años después, aún no hace un lustro para nosotros, los estudiantes repetían mil veces el hecho en los cines y lugares públicos, denunciando los horrores y lacras del régimen de Machado. Pero la protesta viril de los trece quedará registrada en nuestra historia civil con el luminoso relieve que le da su condición de gesto precursor.

Ganado ya para la agitación y la lucha, Rubén funda en seguida con los protestantes de la Academia de Ciencias y un núcleo reducido de escritores y amigos, la "Falange de Acción Cubana". En su manifiesto-programa —redactado por el propio Rubén— se definen clara y enérgicamente sus propósitos. La "Falange de Acción Cubana" surgía a la vida en un momento público cargado de sombras y podrido de vicios y se imponía como misión básica la crítica diaria y resuelta de los métodos corrompidos y corruptores del gobierno de Zayas, demandando su rectificación inmediata. En el orden ideológico, clamaba, y

lucharía hasta lograrlo, por la implantación verdadera y efectiva de la república de Martí, la república limpia y próspera, libre y cordial, la república y no "la mayordomía espantada de Veintemilla, ni la hacienda sangrienta de Rosas, ni el Paraguay lúgubre de Francia".

El desarrollo mismo de los acontecimientos, en vertiginosa precipitación, se tragan apenas nacida, la "Falange de Acción Cubana". El desenfreno y el desbarajuste imperantes han llegado a su colmo. La intromisión extranjera, la crónica, adquiere por minutos descoco inudito. En lugar de Zayas, manda Crowder. El descontento y la agitación se dejan ya sentir con tal fuerza que un desbordamiento popular parece inminente. La Universidad es una hoguera. Hasta la "Sociedad Económica de Amigos del País", deja oír su voz de condenación y protesta como antaño lo hiciera contra el absolutismo colonial y los traficantes de esclavos.

El movimiento se organiza y vertebra en la "Asociación de Veteranos y Patriotas". Rubén es llamado a formar en su Consejo Supremo. Desde un principio, mantuvo un criterio insurreccional. La propaganda se puso en sus manos. Rubén despliega una energía y una actividad asombradoras. Cada domingo levanta su verbo empenachado y ardiente, cuajado de saetas y luces. Es el Saint Just del movimiento.

Paralelamente, se inician los trabajos preparativos de la insurrección. Rubén también está en ellos. Hay que allegar pertrechos y crear células de combate, cerrar filas y mantener el fuego en los espíritus. Hay que hablar en Matanzas; él habla. Hay que hablar esa misma noche, en Bejucal: él se brindará sonriendo cuando todavía no se ha sacudido el polvo de la reciente jornada. Hay que dar una proclama a la

prensa: es Rubén quien la hace. Un día el Consejo Supremo acuerda, a petición suya, apoderarse de la dinamita existente en las Canteras de Camoa: él va a la riesgosa aventura. Va con dos compañeros hercúleos encargados de acarrearla hasta el automóvil. Aquellos cargan, con visible esfuerzo, sendos paquetes bajo sus brazos de hierro. "Síguenos", le dicen a Rubén. Y Rubén los sigue. El camino es pedregoso y largo, casi dos kilómetros. La noche densa. No se distingue a un metro. Cuando llegaron a la carretera, resoplando y sudando, y la boca repleta de ternos, Rubén, esa cosita endeble que fué físicamente Rubén, tiró al suelo, con desenfado simpático, un paquete de cincuenta libras. . . "Y después hablan de músculos!"

Rubén es una fuerza apasionada, febril, tormentosa, A la semana siguiente del lance narrado, embarcó secretamente para el sur de los Estados Unidos en cumplimiento de una trascendental misión. Se necesitaba un aviador experto y heroico que bombardeara los objetivos militares de La Habana: él sería ese aviador. ¡Siempre en primera fila, mientras los grandes caimanes apenas osaban sacar los colmillos!

En Ocala levantó su campamento, junto con dos compañeros, uno de los cuales era José Antonio Fernández de Castro. Jamás había montado en un aeroplano. Más aún: ni siquiera lo había visto de cerca. Pero bastarían quince días de estudio y de práctica para ponerlo en posesión y control de los secretos y resortes de la máquina voladora.

Cuando sólo aguardaba órdenes para hacerse al aire, fué detenido por agentes especiales de la policía federal. El gobierno de Zayas lo había denunciado. Estuvo preso, con sus dos compañeros, y por espacio de un mes, en la cárcel de Ocala. Estando allí supo del grotesco fracaso del movimiento planeado.

No había contado él, en su inocencia política, en su buena fe candorosa, con el factor "veterano" y el factor "patriota". En el Consejo Supremo habían dominado siempre, a despecho de circunstanciales posturas, las fuerzas espúreas. Todo, cualquier cosa, menos rifarse el pellejo. Nada que no tuviera la previa certificación de Washington. El desenlace no podía ser otro que el que tuvo.

Rubén Martínez Villena vió así fracasar, por la cobardía y maldad de los supuestos caudillos, su primer sueño político a cuya realización se había entregado pura y valerosamente. Cuando salió de la cárcel, y como no tenía un centavo y no estaba dispuesto a aceptar ayuda económica de nadie, ni siquiera de su propia familia, se dirigió a Tampa con el propósito de colectar a través de su esfuerzo el dinero necesario para costearse el regreso. Fué así como Rubén, obrero esforzado y anónimo en una fábrica de cerveza, conoció en carne propia el dolor y la infamia de la explotación del hombre por el hombre.

Ya en Cuba Rubén refugió su desengaño momentáneo en el verso y la literatura. A esta época corresponde, junto con el soneto egregio de los mil pesos evaporados, "La Medalla del Soneto Clásico", y al par que el despunte maravilloso del prosista, lo más logrado, intenso y fluído de su producción lírica. La nota dominante en esa etapa estelar de su vida poética es, por un lado, el ansia incolmable de infinito, que se manifiesta, como ha dicho Regino Pedroso en bellísimo ensayo, " en un ancho anhelo, en una aspiración febril de llenar el mundo". Y del otro, una preocupación honda y puramente humana, al margen de todo convencionalismo religioso, ante la vida y ante la muerte:

Tengo el impulso torvo y el anhelo sagrado
de atisbar en la vida mis ensueños de muerto.
¡Oh, la pupila insomne y el párpado cerrado!
¡Ya dormiré mañana con el párpado abierto!

Es interesante constatar la ausencia casi absoluta del motivo amoroso en la poesía de Rubén. Como los compiladores literarios —dos poetas de gusto tan exigente como José Z. Tallet y Ramón Guirao— no han vacilado en recoger toda la obra publicada y cuanto material inédito han podido encontrar en infatigable y denodada búsqueda, puede el lector verificar por sí mismo el aserto. Véase cómo aún en sus balbuceos adolescentes y en lo más desvaido y manido de su cosecha no sólo es fácil hallar el chispazo deslumbrador de su genio lírico, sino que es mucho menos difícil percibir un soplo doloroso y extraño de clara raíz metafísica. Quizás la explicación esté en que cuando se ama demasiado —y él amó como un romántico fiel— de tanto adorar y limpiar de alherencias vulgares a la mujer querida, el amor se repliega pudoroso en sí mismo y se derrama —surtidor celeste— hacia adentro. Por excepción, cincelará Martínez Villena ese dije amoroso y delicado que es el "Capricho en Tono Menor". ¿Especulación? ¿Realidad? No hace aún muchos días que Asela Jiménez —su esposa luego— vive en su pecho con llama inextinguible. Pero, en seguida, el poeta deplorará, angustiado de angustia entrañable, su incapacidad insuperable de aprehender el sentido recóndito del dolor humano:

El espectro visible tiene siete colores,
la escala natural tiene siete sonidos;
puedes trenzarlos todos en diversas canciones
que tu mayor dolor quedará sin ser dicho.

Alado y trascendente, como Shelley, dirá de él Luis Araquistaín. Ni comparación más feliz, ni juicio que mejor lo defina poéticamente. Yo lo suscribo como resumen del mío.

Pero la aparición del prosista en Rubén, simultánea a su plenitud lírica, constituyó un verdadero suceso. No se trataba, en efecto de un prosista más. Ni siquiera de un buen prosista. Era, para decirlo de una vez, la revelación de un escritor como pocos han frutecido en nuestro medio aldeano: no sólo dueño de un instrumento personalísimo sino parejamente apto para apresar todos los matices y cultivar con acierto ostensible y propio todos los géneros .El cuento y la crítica literaria, la crónica y el panfleto adquirieron a través de su prosa nueva prestancia y peculiar colorido. Y hay en ella, como en lo más puro y descollante de su obra poética, una veta penetrante y suave de ironía que se cuela insensiblemente en el ánimo. Yo quisiera referirme con el detenimiento y la extensión que ellos merecen, a sus dos cuentos únicos, "Un Nombre" y "En Automóvil", ambos antológicos. Quisiera, asimismo, entresacar párrafos culminantes de ellos. Razones de espacio lo impiden. Con todo, no resisto a la tentación de transcribir este trozo representativo de su prosa, tomado de su crónica "La Lluvia en las Calles":

En los días lluviosos la ciudad parece apagar sus ruidos: todo es recogimiento triste. Acaso por mera simpatía de color, el azul del uniforme policíaco se encapota tanto como el cielo. Los tranvías eléctricos rellenan el hueco de sus ventanillas con recios cristales calisténicos. Las banderas se cuelgan chorreantes, perdido su gracia y su color, paralelas o enrolladas al asta; sólo sigue flotando, delicadamente, con

impermeabilidad mágica, el estandarte vaporoso de las chimeneas. Bajo el aguacero pertinaz, llegamos a reflexionar seriamente sobre la utilidad real del paraguas y hacemos la observación honrada de que los aleros sirven para que los transeúntes no vayan por las aceras cuando llueve.

Pero en La Habana hay, sobre todo, algo interesantísimo: es ese fango nuestro. Como nuestras calles —sorprendente milagro —no son de tierra blanda, el fango no es espeso y profundo, como el de esos caminos en donde se hunden hasta el buje las ruedas de las carretas atestadas. Nuestras calles son de sólidos adoquines, graciosamente levantados aquí y allá, como fijados con elegante negligencia; nuestras principales vías son de brillante asfalto, adornadas con hondos baches, caprichosa pero profusamente distribuídos; de modo que hoy ostentan la belleza miniaturizada de Escocia y de Suiza, regiones civilizadas de Europa.

Este aristocrático lodo, de crasa consistencia y esos charcos de agua celeste depositada en los cuencos hospitalarios, tienen regocijadas travesuras. El lodo trepa desesperadamente a las ruedas de los vehículos y en un júbilo de liberación, abrazado a la fuerza centrífuga, se lanza cariñosamente sobre los peatones. En su temible alegría, el agua y el lodo se divierten: desalmidonan los driles rígidos y constelan los casimires severos de graciosos lunares coquetos.

Gracias a esos divertidos episodios callejeros se puede sufrir el tedio de los días de lluvia. Cuerpos en inverosímiles escorzos fugitivos, se unifican con las fachadas, para resguardarse del paso de los carruajes; graves hombres reumáticos se detienen a estudiar los lagunatos y los riachuelos de las bocacalles; damas venerables alzan la planta y el vestido en un

delicado gesto de minué... Y el lodo resbala hacia las alcantarillas y las obtura; y las corrientes se ensañan sobre las debilidades del pavimento; y en los charcos adonde no llega el azote de la lluvia, el insecto que generosamente propaga la infección deposita la millarada de sus huevos.

Por aquellos días, Fernando Ortiz había decidido recoger en dos tomos sus trabajos oratorios y andaba buscando a quien encomendarle el prólogo. No encontró a nadie más indicado y capaz que Rubén Martínez Villena. El hecho de que un espíritu ya maduro y tan descontentadizo como Ortiz asignara su presentación a Rubén —cuando su nombre estaba de vuelta de todos los elogios insignes— es la más exacta medida del prestigio y el talento literario de éste.

Con ese motivo, Rubén empezó a frecuentar casi todas las tardes, el bufete "Ortiz, Jiménez Lanier, Barceló". Pablo de la Torriente-Brau trabajaba ahora en el cargo que él antaño desempeñara. Anudaron sus corazones con la fuerza y celeridad que da la simpatía y la compenetración recíprocas.

Yo era —refiere Pablo, comentando el inicio de esta amistad alegre y honda— algo más joven que él, no tanto por la edad como por el temperamento. Estaba entonces en el dominio de todos los "records" deportivos y conocía una porción de cosas del teatro y del cine. Rubén llegó a mi amistad profunda precisamente por esos caminos. Me hablaba de los "home runs" de Babe Ruth, de las carreras de Pavo Nurmi, de los "nocauts" de Jack Dempsey. Era maravilloso, pero mostraba tanto interés como yo por todo ello. En la azotea del "Bufete Ortiz, Jiménez Lanier, Barceló", donde yo trabajaba y él había trabajado, cuando terminaban las labores de oficina, jugábamos a la pelota y nos

divertíamos como dos "mataperros". Luego, antes de bañarnos, corríamos, encueros, por entre todas las salas del bufete, entre los pedestales de bustos serios y las ceremoniosas mesas de caoba. A veces, en broma, nos poníamos a imitar las ridiculeces de los tenores en "Rigoletto" y "El Trovador", y a lo mejor se nos iban espantosos gallos.

Pero Rubén, en unos días escasos, fué íntimo amigo mío. Y no sólo me contaba las alegres peripecias de su prisión de hombre joven, sino que me hablaba también de las tragedias de su adolescencia y del recuerdo dramático y dulce de su madre, descendiente de marqueses legítimos. Una vez Rubén me hizo un relato de una fuerza desoladora que yo nunca podré olvidar. Me contó la muerte de su madre; las increíbles delicadezas que tuvo con él; sus ternuras desgarradoras y también su vigilia infatigable, cuando se amarraba un fino hilo a la muñeca para despertar al más mínimo movimiento de la querida enferma. Luego, el conjunto de concatenaciones, de hechos, que la llevaron a la hora de la agonía. Después, como se apagó... Sin duda, pocas veces fué Rubén tan amigo mío como en aquella tarde, cuando dió tan excepcional beligerancia a mi sensibilidad.

Cierta vez, y en medio del juego, Pablo le habló de literatura y de versos. Rubén se detuvo sorprendido un momento, tiró la pelota y disertó larga y bellamente al respecto. Cuando supo más tarde que Pablo tenía un cuento escrito se lo pidió para verlo. La consecuencia fué su publicación inmediata.

En otra ocasión, afloró en la charla el tema político. Entonces su palabra tuvo chasquido de látigo. Y al aludir al fracaso reciente, fué como si una descarga eléctrica lo sacudiera de pies a cabeza.

Minutos después, bajo el frescor sedante de la ducha, resumió su juicio con estas palabras, que cierran un capítulo de su vida: "Es una experiencia más. Ella demuestra que difícilmente pueden avenirse los ideales de los viejos con los ideales de los jóvenes."

V

Se iniciaban los trabajos preparativos del Primer Congreso Revolucionario de Estudiantes cuando Rubén Martínez Villena y Julio Antonio Mella fueron presentados. No hubo necesidad de preámbulo. Ni Rubén ignoraba a Mella, ni éste a Rubén. Y como existían entre los dos afinidades profundas y cualidades complementarias, ambos fueron amigos fraternales y viejos desde el primer cálido estrechón de manos. En largas y diarias conversaciones se comunicaron en seguida sus aspiraciones y ensueños y se comprometieron a seguir adelante en la lucha emprendida por la renovación general del país. Llevado por Mella, Rubén empezó a frecuentar —ya abogado— el círculo universitario donde aquél se movía. Era, sin duda, un ambiente totalmente nuevo para él. Había no sólo entusiasmo y pureza: había, asimismo, un verdadero anhelo de sacar la Universidad y el país del cascarón colonial en que vegetaban. Además, se hablaba un lenguaje enérgico y distinto; se planteaba nuestro gran problema histórico en términos ignorados hasta entonces por él. Fué allí donde oyó por primera vez la palabra clave de nuestra tragedia. Fué allí donde captó el contenido universal y sangriento de la palabra "imperialismo". Rubén sintió como un milagroso florecimiento en su espíritu.

El Congreso estudiantil se verificó poco tiempo después bajo la presidencia de Mella. Hubo izquierda,

centro y derecha, obteniendo ésta la mayoría de los sufragios en algunas cuestiones capitales y particularmente en la cuestión religiosa. Pero, aunque ferozmente batida, la izquierda logró tres triunfos señalados y trascendentes: la ponencia del "Grupo Renovación", redactada y mantenida por Alfonso Bernal del Riesgo, sobre los principios, la táctica y los fines de la revolución universitaria; la Declaración de Deberes y Derechos del Estudiante y la creación de la Universidad Popular, propuestas y defendidas ambas por Mella. Rubén asistió afiebrado a todas las sesiones del Congreso participando más de una vez en los debates.

Pero Mella, poseído ya de una ancha y entrañable inquietud revolucionaria, desbordó en seguida el marco universitario. Fué rectamente al sindicato y al obrero y allí proclamó su deseo de servirlo y su derecho inalienable a emanciparse. La Universidad Popular —puesta bajo la advocación iluminada de José Martí— empezó a funcionar en los centros y sindicatos obreros. Mella fué su secretario general y José Z. Tallet su presidente. Y compartían la tarea un núcleo de estudiantes e intelectuales afines. Rubén estaba entre ellos. Cada noche, y en distintos lugares de la ciudad y en algunos pueblos cercanos, aquel núcleo de estudiantes e intelectuales revolucionarios —Gustavo Aldereguía, Alfonso Bernal del Riesgo, Jorge A. Vivó, Leonardo Fernández Sánchez, Angel Ramón Ruiz, Aureliano Sánchez Arango, Sara Pascual, entre otros— con Mella y Rubén a la cabeza derramaban su fervor y la luz del conocimiento marxista ante un auditorio estremecido y compacto. Meses después, y del mismo grupo cada vez más definido y pujante, surgió la sección cubana de la Liga Antiimperialista de las Américas. El movimiento izquierdista empezaba a tomar

cuerpo en Cuba. No resulta ocioso constatarlo ahora que un racimo de grupos y sectores postmachadistas reclaman furiosa y pintorescamente la paternidad exclusiva del izquierdismo criollo.

La llegada de varios estudiantes deportados de Venezuela y Perú por Juan Vicente Gómez y Leguía reforzó considerablemente las actividades de grupo. Salvador de la Plaza y Gustavo Machado, y Luis F. Bustamante y Jacobo Hurwitz, traían encendidos el fuego de la nueva inquietud y la carne joven ya macerada por el hierro opresor. La lucha revolucionaria cubana devino inmediatamente lucha continental. Apareció "Venezuela Libre", y Rubén Martínez Villena fué uno de sus directores. Pero Mella fué expulsado por un año de la Universidad que había pretendido enaltecer y redimir y Rubén tuvo sus primeros choques verbales con sus antiguos compañeros de letras, agrupados ahora en el "minorismo". Mella se entregó ya, en ofrenda pura y plena, a la causa revolucionaria. Fundó el Partido Comunista de Cuba.

En noviembre de 1924, y entre un estruendo de congas, timbales y chambelonas, se verificaron las elecciones presidenciales, entregándole Zayas la presidencia a Gerardo Machado mediante una desvergonzada compra-venta. Durante su campaña política, y capitalizando hábilmente en su favor el descontento popular provocado por el desenfreno zayista, Machado se había hecho revestir de atributos regeneradores y providenciales. Pero Julio Antonio Mella auguró, desde su revista "Juventud", los días de dolor y de sangre que aguardaban a Cuba bajo la égida de Machado, a quien calificó certeramente de Mussolini tropical.

Rubén Martínez Villena tuvo, por su parte, una clara visión del futuro cubano. No poseía él aún el dominio

de la dialéctica materialista, que sería luego arma invencible en sus manos; pero su extraordinario don analítico y su insólita capacidad intuitiva le fué suficiente para formular una deducción acertada de la realidad como proceso, viviendo así en su conciencia, anticipadamente, la angustia y el horror de los días por venir.

La nueva concepción de la vida y de la historia que empieza a arraigarse en él se refleja nítidamente en sus versos de entonces. Todavía Rubén no se ha liberado de todas sus amarras internas. El mundo viejo —su mundo inicial y formativo, su mundo nutricio— se revuelve agónicamente en la defensa de sus últimos baluartes. Esta lucha tremenda y oscura, ganada por la fuerza centrífuga ya en proceso de coloración definida, se manifiesta en dos actitudes extremas, aparentemente antagónicas: la afirmación categórica de la inutilidad de su vida pasada y la negación rotunda de cuanto signifique traba, superstición y prejuicio, expresadas, respectivamente, en el soneto "Motivos de la Angustia Indefinida" y en el poema "Defensa del Miocardio Innocente".

En la primera de las composiciones mencionadas, el poeta expresa todos sus anhelos y todas sus impotencias con desesperación prometeica. Sufre el "infructuoso cerebralismo insano", el "temor del ansiado reposo" donde muere "la resignación a seguir inconforme de todo", sufre "la maldición de Palas en la gracia de Apolo". Y ante su incapacidad de "traducir al verso la aspiración informe", y el contraste terrible de su vida estéril y la vida urgida de brazos fecundos que todo lo den por cubrirla de frutos, culmina su "angustia indefinida" en un grito perdurable y magnífico, en el que la desolación y la belleza se funden en una cartesiana afirmación de lucha, en un clamor

de fe combativa: "Mi vida: una semilla en un surco de mármol."

En la "Defensa del Miocardio Inocente" —su creación representativa y a mi juicio la más auténtica realización de la poesía cubana desde 1920 hasta la fecha en que fué escrita— el poeta es ya la negación que afirma, la afirmación hecha carne. Volcado hacia afuera, poseído del nuevo espíritu revolucionario que lo empuja a lo colectivo, en acerada inconformidad con el ayer y lo circundante, anonada la ancestral creencia que ha venido asignando al miocardio infeliz, al "pobre músculo hueco" la categoría de patrón del sistema nervioso cuando la realidad es que sólo es un "esclavo dócil", un "manso proletario" del cerebro, de ese explotador sin entrañas que "se alberga tras la sabia protección de la frente". Y proclamando la "solemne verdad de su inocencia con revolucionario criterio socialista" suspende sobre "su sencilla ingenuidad de cuatro cavidades" la amenaza de una "huelga de sólidos principios". La "Defensa del Miocardio Inocente" abre una perspectiva insospechada en la poética de Martínez Villena. De haber seguido cultivando el verso habría llegado a realizaciones definitivas y habría sido, sin duda, el primer poeta revolucionario de Cuba, como es uno de sus poetas más descollantes de siempre.

Rubén fué protagonista por ese tiempo de un episodio que lo pinta de cuerpo entero. El periódico 'La Nación" necesitaba cubrir urgentemente dos puestos que estaban vacantes: el de editorialista y el de corrector de pruebas. Rubén, que atravesaba a la sazón por serias dificultades económicas, fué llamado por el director del periódico para ocupar el primero. Cuando salió de su despacho, tenía el rostro radiante y en

sus manos el nombramiento de corrector de pruebas. Inútil habían sido los halagos y súplicas de Gustavo Gutiérrez para que aceptara el cargo codiciado y jugoso de editorialista. Serlo —le había dicho Rubén como despedida— significa envilecer mi conciencia y someter mi pensamiento. Y yo nací precisamente para lo contrario...

Machado ascendió al poder el 20 de mayo de 1925. "Ninguna huelga durará más de un cuarto de hora bajo mi gobierno", había afirmado enfáticamente sólo hacía unas semanas en New York ante un auditorio jubiloso de banqueros y "politicians". La "Regeneración" empezaba enseñando los dientes. Pronto habría de mostrar el furor selvático que la alentaba. Fué asesinado el primer periodista. Fué clausurada la prensa adversaria. Una mañana las guásimas de Ciego de Avila aparecieron cuajadas de isleños ahorcados. Un silencio profundo —silencio de plomo— invadió el ambiente. La tiranía, ya en marcha, había ganado su primera batalla.

La Universidad Popular y la Liga Antiimperialista iniciaron una campaña de denuncia pública contra el gobierno que tales métodos empleaba. En la Universidad Nacional hubo un encrespamiento amenazador. El gobierno se hizo de la vista gorda. Pero a principios de noviembre, y coincidiendo con la clausura de la Liga Antiimperialista, la situación entre Machado y los estudiantes se agudizó sobremanera ante la tentativa gubernamental, al cabo lograda, de reinstalar en sus cátedras a los profesores expulsados en 1923. El 27 de noviembre por la mañana el problema hizo crisis. Llevado a la Universidad por Aureliano Sánchez Arango y Leonardo Fernández Sánchez, Mella levantó su oratoria encrespada y sonora señalándole a la masa el verdadero camino a seguir. Vino el Rec-

tor. Vino la policía. Mella pudo, sin embargo, escabullirse. Mas sólo por escasas horas. Esa propia tarde fué detenido y procesado con exclusión de fianza como supuesto inductor de un atentado terrorista en los bajos del teatro Payret. Rubén Martínez Villena se personó inmediatamente en la causa como abogado de Mella.

Como protesta a tan arbitraria medida, Mella se declaró en huelga de alimentos, desarrollándose al par una vigorosa y resonante campaña de agitación nacional, cuyo eje fué el Comité Pro-Libertad de Mella, organizado al efecto. Entre sus miembros pocos se movieron y gritaron como Rubén. El pueblo entero se puso, vigilante y erguido, junto al lecho del heroico revolucionario, demandando del gobierno su excarcelación inmediata.

Transcurrieron los días. Rubén y sus compañeros se debatían sin descanso por arrancar de Machado la orden que salvara a Mella, dispuesto a morir sino se le ponía en libertad. ¡Diecisiete días sin probar bocado! La protesta tenía ya carácter aciclonado. A Machado, sin embargo, parecía no afectarle. Mella, indudablemente, estaba perdido.

Fué en esas circunstancias desesperadas que el Comité acordó gestionar con el Lcdo. Barraqué que se le pusiera fianza a Mella. Rubén, Aldereguía, que era el médico de asistencia de Mella y Muñiz Vergara, conocido por el "Capitán Nemo", fueron designados para entrevistarse con el Secretario de Justicia.

A las once de la mañana siguiente, 12 de diciembre de 1925, franquearon la verja palacial de Barraqué, Rubén y Muñiz Vergara. Aldereguía, por recomendación de este último, se quedó a mitad del camino. Su temperamento impulsivo podía malograr la gestión encomendada, que era más bien de carácter

diplomático. Barraqué, que estaba convaleciente de una gripe, los recibió en el patio. En el momento mismo en que Muñiz Vergara le informaba del asunto que allí los llevara, fué anunciado el presidente de la república. Barraqué dió orden de conducirlo a su presencia, aludiendo de paso a la oportunidad de la visita, ya que podrían Rubén y Muñiz Vergara tratar el problema directamente con Machado.

Pablo de la Torriente-Brau ha referido el episodio con lujo de detalles en su artículo "Un minuto en la vida de tres protagonistas". Yo me concretaré a dar una versión sumaria del mismo, entresacando literalmente del trabajo aludido las palabras cruzadas durante la entrevista entre Rubén, Machado y Muñiz Vergara.

Machado parecía aquella mañana de un insólito buen humor. En cuanto reconoció a Muñiz Vergara, se le acercó sonriente y lo abrazó. Este no perdió tiempo en abordarlo.

—Mire, general —empezó diciendo el capitán Nemo — Mella es un buen hijo, no bebe, no juega... Es un joven apasionado, pero es un buen hijo... ¿Por qué no se le ha de poner fianza, como a cualquier otro preso común?... Porque él no es un preso común, pero aunque lo fuera, por la ley se le debe poner fianza. Además, si él muriera a consecuencia de la huelga que mantiene, se iba a atacar rudamente al gobierno, se le iba a acusar de ser responsable de esa muerte, de haberlo asesinado, sólo por no ponerle fianza, que es todo lo que se pide...

Machado se iba transfigurando por la ira a medida que Muñiz Vergara hablaba.

—Usted es un buen hombre, capitán —le respondió con tono descompuesto—. Pero es demasiado ingenuo y cualquiera lo engaña. Mella será un buen

hijo, pero es un comunista... Es un comunista, y me ha tirado un manifiesto, impreso en tinta roja, donde lo menos que me dice es asesino... ¡Y eso no lo puedo permitir! ¡No lo puedo permitir!...

Rubén, que había estado ligeramente apartado, pero atento al diálogo, irrumpió de pronto y dirigiéndose a Machado le habló así:

—Usted llama a Mella comunista como un insulto y usted no sabe lo que es ser comunista. ¡Usted no debe hablar así de lo que no sabe!...

Machado reflejó en una mueca horrible el asombro que le poseía. Se recogió un segundo en sí mismo y luego, con las venas del cuello abultadas, el acento bronco, se lanzó sobre Rubén manoteándole y con la mirada furiosa del paranóico cogido en falta:

—Tiene usted razón, joven. Yo no sé lo que es comunismo, ni anarquismo, ni socialismo. Para mí todas esas cosas son iguales. Todos son malos patriotas... Tiene usted razón... Pero a mí no me ponen rabo ni los estudiantes, ni los obreros, ni los veteranos, ni los patriotas... ni Mella... ¡Yo lo mato, lo mato!... ¡Lo mato, carajo!... ¡Sí, lo mato, lo mato!...

No pudo continuar. El muchachito, cuyo civismo antaño elogiara, ya hombre y haciéndolo bueno, le salió violentamente al paso y arrebatándole la palabra le restregó su desprecio profundo y lo clavó para siempre con un nombre que sería luego enarbolado por todo un pueblo como un cintarazo de fuego.

—Yo no lo había oído nunca; yo no lo conocía; sólo había oído decir que era un bruto, un salvaje... Y ahora veo que es verdad todo lo que se dice...

Y dirigiéndose a Muñiz Vergara, que ensayaba vanamente calmarlo:

—¡Pobre América, capitán, que está sometida a estos bárbaros!... Porque éste no es más que un bár-

baro, un animal, un salvaje, una bestia... ¡Un Asno!... ¡Un Asno con Garras!...

Machado, acometido de un acceso de furia epiléptica, entre espumarajos de rabia, intentó replicarle a Rubén; pero ya Barraqué y sus ayudantes, temerosos de algo peor, se lo llevaban materialmente arrastrado, perseguido por la frase calificativa.

—¡Es un Asno!... ¡Un Asno con Garras!...

Barraqué, por su parte, pálido y tembloroso, les aseguró que la fianza solicitada sería puesta ese día. Cuando Rubén llegó poco tiempo después al bufete de Ortiz, Pablo de la Torriente-Brau le oyó contar, con palabra vibrante y en los ojos irónicos una mal disimulada alegría, el tormentoso incidente.

—Es un salvaje, un animal, una bestia... ¡Un Asno!... ¡Un Asno con Garras!...

Y repetía la expresión, como satisfecho de haberla creado.

Mella fué puesto en libertad esa propia tarde a los diecinueve días justamente de haber iniciado la huelga. Apenas repuesto, Rubén y él tuvieron largas entrevistas. Pocas semanas después, amenazado de muerte y lleno aún el ambiente con los rumores de su hazaña, se vió obligado a salir clandestinamente del país.

Rubén salió de aquella escaramuza con bríos renovados. El estudio de Marx y Lenín le llevó largas horas. Pero al propio tiempo intensificó su labor en la Universidad Popular "José Martí", estrechando su ligazón con la lucha diaria de las masas. En su afán de arrastrar a los intelectuales a la pugna social, frecuentó el "Grupo Minorista". Fué entonces que tuvo su primer encuentro polémico con Jorge Mañach. Había éste publicado una glosa, con motivo de la muerte de José Ingenieros, en la que con doctoral suficien-

cia le negaba hasta la sal y el agua a la obra del excelso animador argentino. Rubén lo llamó al orden y le propuso discutir públicamente el aporte científico y filosófico de Ingenieros a la cultura americana. Cogido en el brinco, Mañach tuvo que confesar que él no conocía suficientemente la producción de Ingenieros, como para enfrascarse en un debate público sobre la misma.

Yo conocí a Rubén por esa época. Le fuí presentado en su casa en una reunión de la Universidad Popular "José Martí", en cuyos cuadros yo deseaba ingresar. Concluída la sesión, tuve la oportunidad de conocer también a su hermana Judith y a José Z. Tallet, novios a la sazón. Una simpatía profunda me ligó en seguida a todos. Con ese motivo mis visitas al centenario y amable caserón de Amargura menudearon. Cierto día, y con mucho misterio, le leí a Rubén un trabajo literario mío en el que había más paja que grano. Me oyó, sin embargo, con apasionado interés. Y poniéndome la mano afectuosamente en el hombro, me dijo: "Está estupendo".

Otro día platicamos de versos. Yo hablé con exaltado entusiasmo de los suyos y hasta le comuniqué mi propósito de escribir un juicio sobre ellos. Pero él prefirió hablar de los versos ajenos. Ramón Rubiera acababa de dar a la estampa "Los Astros Ilusorios" y Rubén había tenido un huequito en el trajín tremendo de su vida revolucionaria para loar sus bellezas. A su juicio, ni Rubiera ni Tallet tenían pares dignos en sus respectivas maneras. Yo le pregunté entonces por qué no recogía su obra lírica en un libro. Y recuerdo que me respondió con estas palabras de Villiers L'Isle Adams, que tan honda impresión le produjeron al leerlas por primera vez: "La notoriedad para el poeta debe ser una cuestión muy secundaria —por no decir

absolutamente nula— cuando él se preocupa de su obra: él escribe para justificarse delante de sí mismo y aumentar su misericordia hacia las cosas sensibles". Luego la charla derivó, sin transición alguna, hacia lo político. Me dió la sensación vivísima de estar en un terreno vitalmente grato a su espíritu. Le llamearon los ojos, su voz cobró un timbre extraño, su cuerpo todo era un alambre al rojo blanco.

El asesinato "misterioso" del líder ferroviario Enrique Varona, acaecido pocas noches después en Morón, suscitó un sordo movimiento de protesta en la clase trabajadora, de la cual era aquél uno de sus dirigentes más capaces y queridos. La Universidad Popular "José Martí" demandó, desde su Boletín, el castigo de los culpables.

Brotó el cooperativismo y floreció la guataca. En las esferas oficiales, se empezó a hablar de prórroga de poderes. Las muertes "misteriosas" se sucedieron con aterradora frecuencia, especialmente en el campo. Como eran en su mayoría gente trabajadora y humilde, y la prensa toda le hacía el juego al gobierno, llegaban con enorme dificultad al conocimiento público.

Los integrantes de la Universidad Popular consideramos de extrema necesidad publicar un órgano que mantuviera encendida la protesta revolucionaria contra aquel sistema ominoso. Empero, cuestiones internas inaplazables, dilataron su aparición. Aconteció que la doctrina aprista se infiltró sutilmente en el grupo a través de la prédica habilísima de Luis F. Bustamante. Haya de la Torre completó la disolvente labor enviando cartas enormes y periódicas en las que la auto-apología y el sofisma se conjugaban por igual. Por su parte, Mella nos advertía, desde México, el error clamoroso en que estábamos incurriendo al dar-

le beligerancia al aprismo. La realidad es que, por una razón u otra, no pocos llegaron a sentirse apristas. Pero ni Rubén, ni Aureliano, ni Sarah Pascual tuvieron la más leve vacilación. El problema adquirió tal virulencia que se acordó llevarlo a una discusión definitiva. Se verificó ésta en la Federación de Bahía. Abierto el debate, Sánchez Arango habló, como él sabe hacerlo, defendiendo la tesis de la Liga Antiimperialista contra la supuesta doctrina antiimperialista mantenida por el APRA. Le siguió Esteban Pavletich, que intentó replicar su argumentación contundente. Habló entonces Rubén. Y habló, no obstante la debilidad visible que ya lo minaba, durante siete horas seguidas, sin parar un minuto, repartiendo tajos y llamaradas, pulverizando las interrupciones y sofismas de Bustamante, que fué su adversario, llenando la atmósfera de un humo ardiente de metáforas y sarcasmos. La doctrina aprista salió hecha pedazos de aquella embestida dialéctica. Sometido a votación el asunto, la Universidad Popular permaneció adherida a su doctrina inicial. El nacional-reformismo había sido definitivamente arrojado de su seno.

Pero aquella batalla había de costarle cara a Rubén. Estuvo varios días enfermo a consecuencia de haber salido a la calle todavía sofocado y lloviznando. Empezó a sentirse mal. Una palidez marcada se apoderó de su rostro levemente rosado. Huyeron el apetito y el sueño y sufrió de mareos. Pero él era hombre que anteponía su deber a todo. Se le había designado director de "América Libre" y la revista esperaba por él. La revista salió y en coyuntura propicia: en plena protesta estudiantil contra la Reforma Constitucional y Prórroga de Poderes. El "Gonfalón" y la mayoría de los comentarios editoriales y "entrefilets" fueron redactados por Rubén. Los dos nú-

meros siguientes se publicaron en el intervalo de un mes.

Cuando el país entero se revolvía magníficamente contra la legalización del continuismo, apareció la "Biología de la Democracia". Era una apología desvergonzada y pseudo-científica de la dictadura en América y particularmente en Cuba. Machado tuvo así su Vallenilla Lanz en Alberto Lamar Schweyer. La "Biología de la Democracia" tuvo escasos panegiristas y muchos detractores y hasta un Anti-Lamar en el libro de Roberto Agramonte "La Biología contra la Democracia", cálidamente acogido por la juventud. Emilio Roig de Leuchsenring, pidió, desde las páginas de "Social", la expulsión de Lamar Schweyer del "Grupo Minorista". El turiferario de la tiranía replicó negando la existencia virtual de éste. El "Grupo Minorista" publicó entonces, redactado por el propio Rubén, un extenso manifiesto desmintiéndolo enérgicamente y recogiendo, a la vez, sus puntos de vista en los problemas literarios, políticos y sociales. Este manifiesto fue, por singular paradoja, el epitafio del "Grupo Minorista".

Se confeccionaba el cuarto número de "América Libre" cuando Rubén Martínez Villena tuvo una aguda congestión pulmonar. Aldereguía ordenó su traslado a la Quinta de Dependientes. La salida de "América Libre" coincidió con la clausura de la Universidad Popular "José Martí" y el célebre "proceso comunista" de 1927. La persecución se desató contra nosotros. Mientras unos tuvimos la fortuna de capearla sin mayores riesgos, otros ingresaron en la cárcel. Como Rubén estaba casi postrado en esos días, fué dejado en la Quinta en calidad de detenido con un policía fijo en su cuarto de enfermo. Dos meses después, y a

virtud de serle puesta fianza a los procesados, la vigilancia policíaca fué levantada.

Desde allí Rubén siguió laborando. Pero aquel trabajar a medias y aquella inacción obligada lo ponían violento. Ya no se sentía bien sin el fragor y la inquietud de la lucha. Yo le veía a menudo y conversaba largamente con él. Mi artículo sobre Alejandro Block lo entusiasmó vivamente. Recuerdo emocionado el tono hiperbólico con que me lo encareció delante de César García Pons, uno de sus amigos más solícitos y asiduos.

Aquellos días en la Quinta de Dependientes fueron decisivos para su vida. Fué allí donde su espíritu revolucionario maduró en el aislamiento propicio y de un salto impar cayó en la otra orilla, donde la existencia del hombre era otra vez "milicia sobre la tierra". Pero ahora más que nunca. Ahora era la "lucha final" por traer el paraíso a un mundo donde había, colmándolo, un "dolor que iba desde la mañana hasta la noche, en primavera, verano, otoño e invierno". Ese mundo sufría de esclavitud y de oprobio, sufría hambre y miseria, sufría una injusticia profunda que engendraba el odio y la guerra. Había un solo camino y un solo deber: virar ese mundo al revés y abrirle a los hombres todos, con el pan conquistado, las perspectivas inagotables del cultivo interior y del dominio sobre la naturaleza. Y para lograrlo era ineludible dejar de ser uno, diluirse en la masa, confundirse con ella, interpretar sus anhelos, servir sus intereses, vivir y morir por ella y morir y vivir para ella, para esa cariátide que siendo raíz de la historia "ha cargado sobre su cuello toda la historia dorada de los otros".

Desde su cama de enfermo, Rubén miró en torno suyo y examinó su vida pasada. No tuvo una vaci-

lación ni una duda: como Barbusse él había visto "un resplandor en el abismo". Y como Barbusse se dirigió gozosamente a su encuentro. Todo lo dejaría para acelerar, con su sacrificio, el advenimiento de la nueva vida. Se había hallado al fin a sí mismo: "servir en silencio y desde abajo". El "cambio" decisivo en su destino, que todo su ser implorara diez años atrás, se había producido. La "fuerza concentrada, colérica y expectante", que reclamaba una "función oscura y formidable" había encontrado objeto y sentido: Rubén Martínez Villena ingresó en el Partido Comunista de Cuba. La "semilla en un surco de mármol" devenía semilla en un surco de fuego.

Rubén me dijo un día: "No haré un verso más como esos que he hecho hasta ahora. No necesito hacerlo, ¿para qué? Ya yo no siento mi tragedia personal. Yo ahora no me pertenezco. Yo ahora soy de ellos y de mi partido"...

El domingo siguiente, y en el suplemento literario del "Diario de la Marina" a cargo entonces de José Antonio Fernández de Castro, apareció casi toda su obra poética conocida y una semblanza crítica mía. Rubén me recibió aquella noche alegremente enojado por mi travesura. Me colmó de elogios inmerecidos, me reiteró, no ya su propósito de no hacer un verso más como aquellos, sino que jamás recogería su producción en libro. Y si algún día se decidiera a hacerlo —perspectiva remota— le pondría como subtítulo "Poemas del otro yo".

Pero no sospechaba Rubén el "rollo" que iba a armar la travesura de marras. Fernández de Castro fué el factor determinante. De él fué la idea, lanzada públicamente, de iniciar una colecta pública a fin de publicar sus versos maravillosos como un homenaje al poeta y como una manera indirecta de resti-

tuirle los mil pesos ganados, pero no cobrados, en un certamen literario. Lo propuesta fué ardientemente acogida en el gremio letrado. Núñez Olano la hizo suya en uno de sus impecables "Gestos Cotidianos". Pero no todas las adhesiones y aplausos fueron de buena ley. Jorge Mañach se sumó, primero al proyecto, y luego, en otra glosa, reclamando previamente la exclusividad de la colecta para el gremio de marras, comentó con la peor intención el "aspecto literario" del mismo. Desde el título irónicamente discriminativo —"Elogio de nuestro Rubén"— hasta la última palabra, estaba toda llena de "esquinas cautelosas y recodos contradictorios, tal cual una vieja ciudad colonial".

Rubén Martínez Villena le salió otra vez al paso a Mañach con una carta definitiva. El sentido recóndito de su glosa —medularmente insincera— quedó claramente al desnudo. En este aspecto, la carta de Rubén es una pieza antológica. Yo prefiero, sin embargo, transcribir la parte que Rubén denomina "rectificación necesaria" y que es el nervio central de la misma:

No habrá tal homenaje, no habrá tal libro —replicó bizarramente Rubén—. De modo explícito, terminante y sincero rechazo lo uno y lo otro. No puedo admitir el disparate (aunque muy cariñoso) de mi libro de versos publicado por suscripción popular. ¿Qué es eso? Si yo hubiera escrito un libro —no en versos pulidos sino en números poco poéticos y en ásperas verdades— demostrando la absorción de nuestra tierra por el capitalismo estadounidense, o las condiciones míseras de la vida del asalariado en Cuba, quizás aceptaría y hasta pidiera que se editara por suscripción popular. En cuanto a la cotización

dentro del "gremio", como bondadosamente llamas al conjunto de los escritores, aparte de que no le daría al proyecto "dignidad" alguna, como crees, estoy, si cabe, más decidido a no admitirla.

Ya no soy poeta (aunque he escrito versos). No me tengas por tal, y por ende, no pertenezco al "gremio de marras". Yo destrozo mis versos, los desprecio, los regalo, los olvido: me interesan tanto como a la mayor parte de nuestros escritores interesa la justicia social.

Cogido de nuevo en el brinco, Mañach reaccionó burdamente, haciéndose pasar por un "ser indefenso y humilde", franciscano casi, y achacando innoblemente la actitud beligerante y sarcástica de Rubén a un amoscamiento de su vanidad literaria, "hambrienta de superlativos". Por su parte, Rubén dió por concluído el asunto en una segunda carta tan formidable como la anterior y en la que Mañach no salió mejor parado de sus banderillazos de fuego. La publicación de su obra poética quedó así frustrada por el propio Rubén.

La mayoría de los escritores y toda la juventud revolucionaria estuvieron junto a Rubén en esta sonada polémica. Pero ni aquéllos, ni ésta, compartieron su sincero desdén por sus versos. Esos versos quedarán, con luz propia y eterna, en la historia literaria de nuestro país. Por eso, se recogen hoy y se publican como suyos, sin subtítulos aclaradores, como un homenaje ferviente y debido a su genio lírico. Los últimos que realmente escribiera, ya que no pueden estimarse tales algunas estrofillas de carácter social que viven anónimamente en las masas, fueron para festejar las nupcias azules y alegres de Pablo de la Torriente-Brau y de Teté Casuso. Poeta, sin embargo, no

dejó de serlo nunca. Poeta nació y poeta morirá. Toda su vida no es más que un emocionante torbellino, un poema rico de sentido humano, de superior calidad trágica.

La estancia en la Quinta mejoró notablemente a Rubén: los colores le volvieron al rostro, engruesó, su lesión tuberculosa entró en proceso de cicatrización. Pero aquel insólito reflorecimiento vital no cabía ya en un cuarto de enfermo. Y no encontrando otra válvula de escape a su energía contenida, se dió a escribir una interpretación marxista del momento cubano, que nunca terminaría. Redactó, asimismo, una entusiasmada semblanza crítica de Regino Pedroso, saludando en él la aparición del poeta proletario.

Transcribo, como muestra, los párrafos que siguen:

Versos preciosistas. Leyendas fastuosas... Es el consuelo del narcótico; es el suave idear sin más consecuencia que la decepción a la vuelta del ensueño.

Mas ¿por qué no hacer goce —gozoso deber— el presente terrible? El poeta clama su "oración inútil". Y ello será broche que cierra una etapa cumplida. ¡Fuera la lima y el buril del miniaturista! Una aurora cierta despunta victoriosa. Y la nueva rebeldía supone no ya la liberadora fuga al país ideal, sino la lucha de hoy en el terreno árido de la realidad inevitable. Es la revelación de un nuevo aspecto lírico en la evolución poética de Regino Pedroso. A él se deben la "Salutación Fraterna al Taller Mecánico" y "Los Conquistadores".

El poeta obrero, descubre, como en el mito de Anteo, una fuerza inagotable que proviene de su origen, y que se mantiene y se renueva con el contacto. Y a golpe de martillo puede forjarse el verso que cante su tragedia, tal cual es, sin evasión consoladora y

sin descanso; pero tremante de una "inmensa esperanza". Manos invisibles separan la niebla que cubre los ojos llenos de visiones y una aguda clarinada rompe en la noche del alma un himno nuevo. Gana el verso, entonces, en sinceridad y en fuerza, lo que pierde en voluptuoso movimiento; y es así como, a nuestro ver, Regino Pedroso, artista de florentino refinamiento, narrador de bellas fantasías y amante como un primitivo de los símbolos, las supersticiones y las gemas, entrega hoy a su instrumento, ya sin secretos para el panida, su angustia de hombre de la época, el ritmo de su trabajo de herrero y la sorda cólera y vidente esperanza de su clase, hasta la cual llega hoy el llamado de la fatalidad histórica.

Poco tiempo después, y desoyendo las advertencias del médico, Rubén abandonó la Quinta de Dependientes. Seis meses más encamado y acaso se habría curado definitivamente. Pero su afán de servicio, su generosidad militante enervaban en él todo instinto de conservación. Volvió a la lucha. Volvió al sindicato. Organizó y predicó. Llevó su palabra agresiva y consoladora a todos los talleres y a todas las fábricas. Vertebró voluntades afines, soldó antagonismos. Fué abogado de los perseguidos y fiscal del imperialismo. En un minuto de tregua, redactó un amplio y documentado trabajo —verdadera tesis marxista— sobre las posibilidades de sumar al movimiento sindical revolucionario a los obreros azucareros, del transporte y tabacaleros. En otro minuto se casó con Asela Jiménez, para, sin dejar de amarla con amor exclusivo, darse aún más a la brega absorbente y tremenda compartida con abnegación ejemplar por aquélla, desdoblada ya hasta su muerte en esposa y camarada de lucha. El Partido Comunista

lo llevó a su Comité Central en premio a su abnegación, lealtad y coraje.

Era aquella una pugna fiera y hermosa, erizada de riesgos y dificultades. La persecución y el terror arreciaban por momentos. El aparato represivo funcionaba con precisión siniestra. Cada mañana un nuevo nombre ignorado iba a acrecer el martirologio fecundo del proletariado cubano. Los escopeteros de la tiranía no respetaban ya hora ni lugar. Ocurrieron hechos crispantes. Un día apareció en el vientre de un tiburón, pescado en la bahía de La Habana, el brazo de un hombre, que, identificado por su esposa, resultó ser de Claudio Bruzón, detenido la tarde anterior con Noske Yalob y el estudiante Manuel Cotoño Valdés. El cadáver de Yalob fué encontrado poco tiempo después en los arrecifes del Morro amarrado a un lingote de hierro. Pero ya Rubén lo había dicho: "aumenta en el peligro la obligación sagrada". El gobierno concentró sobre él una vigilancia acosadora y severa. No se le perdía pie ni pisada. Semanas más tarde, y en ocasión de ir a indagar, como abogado que era de la Confederación Nacional Obrera de Cuba y de la Federación Obrera de La Habana, entonces unidas, la situación de varios huelguistas apaleados y presos, fué detenido en Jaruco.

¿Dónde estaban entonces los que lo insultaron cobardemente desde las páginas anónimas de "Denuncia"? ¿Qué hacían entonces los "revolucionarios" intervencionistas y reaccionarios que se honraron en atacarlo? ¿No había ya Machado acumulado suficientes crímenes y horrores para ponérsele enfrente?

El 19 de enero de 1929 fué cobardemente asesinado en Ciudad México por agentes de Machado Julio Antonio Mella. Rubén sufrió una sacudida entrañable. La prensa desfiguró miserablemente el móvil político

del crimen atribuyéndolo a cuestiones de faldas. En aquel coro de voces inmundas, sólo se alzó, denunciando el repulsivo atentado, un manifiesto, redactado por el propio Rubén, de los antiguos profesores de la Universidad Popular "José Martí". Eran los firmantes, además de Rubén, que lo encabezaba, Aureliano Sánchez Arango, Gustavo Aldereguía, Sarah Pascual y yo.

Al revés de lo que presumieron sus enemigos, el proletariado convirtió su duelo en coraje, afilando su ataque, reorganizando su aparato sindical destruído, profundizando su lucha, elevándola hacia planos superiores, hacia una huelga de masas contra el régimen colonial y sus crímenes. Rubén Martínez Villena puso en la consecución de ese objetivo lo mejor de sus energías y toda su extraordinaria capacidad organizativa.

Rubén se metió, alentado y seguido por Asela Jiménez, en el subsuelo de las organizaciones trabajando día y noche. Fué una faena de meses y meses de oscura y fatigosa labor en la que dejó su salud para siempre. Rara vez se le veía por la calle. Sus amigos, al margen del problema que lo absorbía, no acertaban a entender su actitud. Empero, lo seguían queriendo, acaso por eso mismo, con mayor intensidad. Y él no era remiso al abrazo afectuoso cuando se los tropezaba por ahí. Era otro Rubén sin dejar de ser el mismo. Sólo que su cara empalidecía y afilaba y la tos pertinaz cortaba su palabra nerviosa y clara. La muerte iba, lentamente, sin resistencia casi, conquistando posiciones estratégicas.

Pero era inútil la advertencia angustiada de Gustavo Alderequía. Vano el consejo y la súplica de sus allegados. El se había propuesto la realización de un

objetivo y lo lograría a costa de todo, aún de sí mismo.

Así fué. El 19 de marzo de 1930, en pleno apogeo del terror machadista, se lanzó la consigna de huelga general política a partir de esa noche a las doce. Esa propia noche se verificó un gran mitin de masas en el Centro Obrero. Había un lleno desbordante, no obstante el férreo cordón policíaco montado en la puerta. Allí estaban todos los amigos íntimos de Rubén. Allí estaba, visiblemente preocupado, el Dr. Luciano Martínez. A eso de las nueve apareció de repente Rubén entre un escudo de brazos fornidos. Saludó a sus amigos, saludó a su padre. Y, al éste insinuarle el gravísimo peligro que estaba corriendo, le respondió veloz con esta frase única, mientras apuntaba una leve sonrisa en sus labios ya exangües, comidos por un mal terrible: "Yo no soy capitán Araña"...

El mitin dió comienzo y Rubén escaló la tribuna. Su figura pálida y vibrante, iluminada y consumida por una fiebre de 39 grados, concentró la mirada anhelante de todos. Esa noche yo tuve la oportunidad de oír la más formidable arenga revolucionaria de toda su vida repleta de arengas. Recuerdo sus primeras palabras, que levantaron un tumulto de aplausos: "Decían que no habría huelga y hay huelga. Decían que yo no hablaría, y estoy hablando"...

El mitin culminó en un vocerío de mar en tormenta. La policía penetró en el local repartiendo "goma" a diestro y siniestro. Rubén logró evadirse disfrazado de chofer, escapando milagrosamente indemne de la cinematográfica y feroz persecución de que fué objeto por una jauría de matones a sueldo.

La huelga del 20 de marzo de 1930 ha pasado a la historia de la lucha de clases en Cuba con relieve específico. Duró veinticuatro horas, no obstante la so-

berbia declaración de Machado de no tolerarlas más de un cuarto de hora. El Partido Comunista se cubrió de gloria. Pero Rubén Martínez Villena fué condenado a muerte. Machado circuló su nombre a todos los puestos militares de la Isla. Y, como Mella en 1925, se vió obligado a salir del país el 1º de abril de 1930 e instalarse provisionalmente en New York.

Las esquinas de Harlem y el Centro Obrero de habla española, supieron muy pronto de aquella llamarada sonora. Día tras día, fustigó y denunció, calcinado de fiebre y entre golpes de tos, la situación imperante en Cuba. En esa campaña oratoria, fueron compañeros suyos Leonardo Fernández Sánchez, Porfirio Pendás, Carlos Martínez, Felipe González, Manuel Guillot, Aureliano Sánchez Arango y el inolvidable Gabriel Barceló. Junto a él, sin dejarlo un minuto, sofrenando estoicamente su angustia de esposa en ara de la causa revolucionaria, estuvo siempre Asela Jiménez. Pero ya era tanta su tos y tan alta y constante la fiebre que hubo necesidad de imponerle reposo y silencio, ya que él no parecía percatarse de ello. Ni una ni otra cedieron. Y en vista de su gravedad progresiva fué, en compañía de Sánchez Arango, a verse con un médico. Este lo reconoció atentamente y al juzgarlo mortalmente enfermo, sin posibilidad de recobramiento inmediato, optó por ocultarle su verdadero estado y le dió, entre frases alentadoras y alguna palmadita en el hombro, un tubito con píldoras. Ya en la calle, Rubén le dijo a Aureliano, mientras arrojaba despectivamente el tubito: "Si se creerá ese imbécil que no sé lo que tengo".

Cuando llegó esa tarde a su cuarto, estuvo a punto de perder el conocimiento, tan débil se hallaba. Su enfermedad entró en una crisis aguda, agravada por la crudeza del clima y la escasez de medios. Fué en-

tonces que se decidió enviarlo a Rusia, a un sanatorio del Cáucaso, como supremo recurso, llevando por propia determinación, no obstante su estado, la representación del C.N.O.C. al congreso de la I.S.R. próximo a celebrarse.

Apenas llegado a Moscú, creyó contadas sus horas, tan espantosamente mal se sentía. De ese instante supremo es esta carta de despedida a su esposa, cuyo texto en su casi totalidad reproduzco. Yo repito ahora mi comentario de otra ocasión: es una clarinada más que un adiós y en ella vive, con eterna palpitación el espíritu impar de Rubén Martínez Villena, como podrá constatarse en seguida:

En Moscú, septiembre 17 de 1930.

Asela, compañera mía, mi amada: Tienes que ser muy fuerte: es necesario y yo te lo pido. Acaso te escriba muy pocas veces más; acaso ésta sea mi última carta. Me he agravado aquí de tal modo, que tengo la convicción de que no hay remedio para mí. Ni siquiera creo iré a algún sanatorio, sino que moriré aquí en Moscú. Figúrate: el 8, después de muchos días de fiebre (salvo dos), en el Hotel, y en un estado de debilidad espantosa, fuí a la Sec. Lat. Am. del Comintern, acompañado por Ramírez para tratar al fin de nuestro P. y del caso F. Cuando acabé de informar y pedir para los dos asuntos, estaba hacía rato con un dolor terrible sobre la región apendicular que me llegaba hasta la espalda.

Tuve que suplicar suspendieran la sesión por algún tiempo para ver si se me aliviaba: fué peor el dolor y de allí J. y S. me llevaron al hospital del Kremlin. Vino el médico, reconocimiento, etc., diagnóstico: apendicitis y quizás hubiera que operar el mismo día.

Por lo tanto, inyección de morfina y cafeína y traslado inmediato en ambulancia a un hospital quirúrgico. En ese hospital, en que estoy todavía, me hicieron nuevo reconocimiento y diagnosticaron cólico renal derecho. Me pusieron bolsas de agua caliente y por la noche otra inyección de morfina. Al día siguiente desperté sin dolor y el cólico no me ha vuelto; pero aquí en una radiografía pulmonar que me han hecho han encontrado muy mal mi pulmón derecho, y algo afectado también el izquierdo. Mi debilidad general es espantosa; he tenido fiebres altas, llegando un día hasta 39.4. Ayer y hoy (hasta ahora) he tenido muy poca temperatura, y estaba contento con eso, pero desde hace días no me siento bien del vientre y hoy he empezado a echar *flemas y sangre!* Es decir, tengo la seguridad de que mi tuberculosis se ha extendido al intestino. Claro, que eso significa la muerte.

Naturalmente que creo no iré al Cáucaso, sino que lo lógico es que muera aquí mismo. Durante toda mi vida he tenido oportunidad de curarme y no la he aprovechado y ahora que quiero —es decir, quería— curarme, no tengo oportunidad.

Chela de mi vida: no puedo escribir mucho porque me canso. Tú le dirás a mis 3 hermanos que les mando un beso y un abrazo. También a mi padre. Y debes dar mis recuerdos a tu familia, que ha sido, toda, tan buena para mí. Encárgale a Judith un abrazo para Pepe y un beso para el sobrino.

Dile a los compañeros, Chela mía, que mi último dolor no es el dejar la vida, sino el dejarla de modo tan inútil para la Revolución y el Partido. ¡Cuánta envidia siento por mi situación de los últimos días de marzo! ¡Qué bueno, qué dulce debe ser morir asesinado por la burguesía! Se sufre menos, se acaba más pronto, se es útil a la agitación revolucionaria!

Chela: ¿Qué decirte a tí mía? Tengo tantas cosas que agradecerte. Si te hubiera hecho caso, también podría agradecerte la vida. Te agradezco en parte la que tuve hasta New York. Dile a nuestro hermano el Chico, que lo he querido y lo quiero como él a mí; él siempre ha sospechado que no lo quiero mucho. (¿Qué será de todos ellos, qué será de mis hermanos presos?) Tengo el consuelo de haberte ayudado a dar un contenido tan grande a la vida, que él mismo te resguardará del dolor de mi pérdida. ¡Hay que estudiar, hay que combatir alegremente por la Revolución, pase lo que pase, caiga el que caiga! ¡No lágrimas! ¡A la lucha! Cuida tu salud y estudia. Tu carta de fecha 21, tan vibrante de noticias, espejo de la lucha formidable de allá, tan llena de *vida,* me ha dado alientos para lo que vendrá. Estoy conforme. Adiós... o quizás todavía hasta otra,

RUBEN

Superada la crisis y en cuanto se repuso un poco Rubén fué trasladado al sanatorio de Tullsbunk, en el Cáucaso.

El reposo, la atención esmerada, la buena alimentación, los aires purísimos del lugar y sobre todo su inquebrantable voluntad de vivir, operaron favorablemente sobre su deteriorado organismo. Pero su inquietud entrañable vuela a diario sobre la isla lejana que sabe en formidable palingenesia. De una carta de entonces a su hermana Judith son estos párrafos, que denotan su tedio y su afán de pelea:

Aquí estoy haciendo la vida monótona del sanatorio, mucho más aburrida aún que la de la Quinta de Dependientes, pues allí iban a verme los amigos y

compañeros, ustedes mismos y Asela; aquí he hecho buena amistad con algunos enfermos, pero, naturalmente, muchos no están ligados a mí más que por la coincidencia en este sitio. El lugar es muy bueno, con un gran clima, y el paisaje es magnífico. En realidad estoy estupendamente instalado y tratado. Aquí permaneceré... no sé todavía cuánto tiempo. Acaso hasta el mes de febrero o marzo, en cuyo último mes hará ya un año de mi salida de Cuba.

Tú, Chona, debes no dar muchas clases orales; recuerda tus padecimientos de la garganta: yo sé lo que son las clases orales, cómo agotan y cansan, especialmente la garganta. Ultimamente ha descubierto un médico que tengo "amigdalitis hipertrófica": acaso sea de lo mucho que he hablado en mi vida. Pero todavía tengo esperanzas de hablar más. Y de volver allá para seguir la lucha!

Volver a Cuba, seguir la lucha, vivir la vida peligrosamente, conforme al precepto de Niezche, es la obsesión que alucina su sueño y atormenta su insomnio.

Ya en enero de 1931 puede hablar de su notable, casi milagrosa, mejoría y de sus progresos en el conocimiento del ruso. "Ya chapurreo lo fundamental", escribe. Pero aquella existencia monótona y quieta le va resultando imposible. "La vida aquí —comenta— es tan aburrida como un paseo de carnaval".

En abril del propio año, se le permitió trasladarse a Moscú bajo condiciones determinadas: su inobservancia puede costarle una recaída y una recaída significaba la muerte. Los primeros días siguió fielmente las instrucciones del médico. Después las fué cumpliendo a capricho hasta dejarlas por completo a un

lado. No tenía tiempo que perder en sí mismo: él tenía que capitalizar en favor del proletariado cubano aquella estancia suya en la U.R.S.S. Se dió así al estudio afanoso de aquel trascendental experimento. Visitó usinas y fábricas, cuarteles y escuelas, museos y cárceles. Siguió con desbordante apasionamiento la construcción victoriosa del socialismo.

Sus cartas entonces revelan su alborozo y su asombro. Los artículos que a la sazón escribiera para distintas publicaciones revolucionarias rebosan su fe inquebrantable en el comunismo y su decisión religiosa de servirlo hasta el último aliento. Pero anheloso de ligarse a la lucha de manera práctica se puso a trabajar en la Sección Latino-Americana del Comintern. Eso significaba, asimismo, conectarse de cierto modo al problema cubano, que era su pensamiento central. Este dispendio sin tasa, comiendo a deshora y mal y durmiendo apenas, quebrantó de nuevo su salud en precario, sin que Rubén quisiera darse por aludido. Volvieron a reproducirse los síntomas inequívocos de su dolencia. El otoño lo sorprendió con un fuerte catarro. Y vino la recaída. El sanatorio del Cáucaso volvió a ser su refugio. Pero ya sin la efectividad de antes: ahora tenía un pulmón completamente perdido y el otro delicadamente dañado. Si no empeoraba, tampoco acusaba mejoría alguna apreciable: se mantenía por la sobrealimentación y el reposo.

En esos días dolorosos y fríos, en los que él tuvo la visión meridiana de su próximo fin, recibió una carta de su hermana Judith, temblorosa de recuerdos lejanos, de su infancia perfumada e ingenua y en lo hondo de su pecho jadeante hubo como un reflorecimiento de ternura que aguó su mirada.

La cuestión —le contesta— es conservar siempre un pedacito interior de niñez; mientras eso exista podemos estar seguros de que aún podemos mejorarnos (ser más comprensivos, aprender cosas nuevas, ser capaces de generosidad) y así podemos alegremente acercarnos a la vejez, mientras algo no sólo permanece joven, sino que está caminando hacia la juventud dentro de nosotros. ¿Sientes tú eso, no es verdad? Yo también, pero es cierto que se me pasa mucho tiempo sin que me de cuenta de que existe ese pedacito de infancia en mi interior (el cual se parece ya mucho a una máquina dura, inflexible, fría), mientras él está allá, en un rincón, como un juguetito frágil perdido bajo un montón de tarecos sucios, feos, viejos.

Las noticias de Cuba son cada vez más alentadoras. El movimiento revolucionario estaba en alza creciente. Pero las organizaciones obreras sufrían una crisis profunda de elementos capaces de acoplarlas correctamente al ritmo vertiginoso de los acontecimientos: la mayoría de sus dirigentes habían muerto o estaban inutilizados en las cárceles. Rubén Martínez Villena decidió entonces, por sí mismo, su inmediato regreso. Solicitó una entrevista con el director del sanatorio. Y reclamó del mismo su "alta" a virtud de ser absolutamente necesaria su presencia en Cuba. Fueron inútiles los razonamientos del médico. "Yo sé que no tengo cura y quiero darle mis últimas energías a la clase obrera y al Partido Comunista", replicó despidiéndose.

Rubén arribó a New York, animoso y tosiendo, con un pulmón de menos y el otro ya casi destrozado, una mañana brumosa de marzo. No hizo más que pisar tierra y ya estaba sobre una tribuna de la Liga Antiimperialista con el seudónimo de Méndez Valina. Y mientras preparaba sigilosamente su regreso a Cuba

multiplicó sus panfletos y colaboraciones en las revistas y periódicos revolucionarios. Fué entonces que Rubén hizo un análisis detenido y profundo de las luchas interimperialistas en Cuba, que es quizás su trabajo revolucionario de mayor envergadura y aliento y, seguramente, el único escrito entre nosotros sobre tan fundamental aspecto de la realidad cubana. Fué entonces, asimismo, que redactó ese documento político, maravilloso de penetración y agresividad, que es la crítica del Manifiesto-Programa del A B C, en la que, al propio tiempo que denuncia el contenido reaccionario de éste, precisa el sentido histórico de la transformación de la secta terrorista en partido político fascistizante.

Este formidable trabajo —cuyo análisis detallado llevaría un espacio de que no dispongo— suscitó un cisco tremendo. El órgano oficial de la dictadura machadista, el "Heraldo de Cuba", aprovechándose del ataque despiadado de Rubén a la dirección abecedaria, reprodujo, previa adulteración insidiosa de su verdadero sentido, los aspectos que mejor convenían a sus intereses políticos.

Rubén Martínez Villena se desapareció un día de New York para reaparecer a la semana siguiente en La Habana, el 19 de mayo de 1933, en plena lucha revolucionaria por sus ideales. Desde las páginas anónimas de "Denuncia" se pretendió enlodar su prestigio revolucionario: detrás del chorro de cieno se ocultaba la pluma malévola y resentida de Jorge Mañach. Pero ya él estaba allí para reafirmar ese prestigio con su ejemplo, largando el resto con abnegación imponente, en duelo cerrado y abierto contra Machado y el imperialismo, como había febrilmente anhelado en sus noches interminables de enfermo. Por eso, le fué fácil silenciar a sus ocultos detractores con un

tapabocas dialéctico que tituló "La aventura del artículo de un comunista y sus enseñanzas".

Nuestros enemigos —concluía Rubén— responden a la espada con la bola de fango y el fango mismo es tan inconsistente que, lejos de alcanzarnos, queda adherido a las manos de nuestros adversarios. El miedo y la sorpresa ante los golpes que el comunismo asesta a todos los "teóricos" de la "salvación del pueblo", el pánico a que las ideas y opiniones de los comunistas arraiguen en las masas, confunde a nuestros enemigos, los enloquece y les obliga a dar los más grotescos pasos en falso, desde apoderarse de nuestros escritos para adulterarlos y usarlos a su antojo, como ha hecho el gobierno en este caso, hasta sembrar la mudez ideológica, rota sólo por el "aullido de odio", como ha ocurrido entre los elementos dirigentes del ABC.

Pero ya Rubén estaba materialmente extenuado. No pasó mucho tiempo sin que tuviera necesidad imperiosa, no obstante su voluntad indomable, de hospitalizarse otra vez. Gustavo Aldereguía lo empezó a tratar. Era ya, sin duda, un caso perdido. Sin embargo, él creía que acaso una toracoplastia podría por lo menos dilatar su muerte.

Yo lo fuí a ver entonces. Cuando caí conmovido en sus brazos me pareció que abrazaba una sombra, una sombra afilada, una sombra que irradiaba rayos solares. Era el Rubén que yo había conocido y era otro En su rostro lívido de ángulos ya inverosímiles llevaba impresa la huella candante de la brega trituradora. Ni una palabra, sin embargo, de sí mismo. Toda la conversación se desarrolló alrededor del momento político. Esperaba sólo sentirse mejor para reintegrarse

a los suyos. Admira la resistencia y el temple de este hombre que de su propio vencimiento, extraía fuerzas para seguir combatiendo. Y más admirable aún aquel olvido suyo de sí mismo, aquella lúcida autoextirpación de su intimidad y de sus sufrimientos. Varias semanas después supe, por el propio Aldereguía, que Rubén se había fugado de la clínica cuando lo preparaba precisamente para la operación.

El proceso mediatorio, entre tanto, llegaba a su ápice. El proletariado y las capas más avanzadas y maduras de la población se sublevaron contra aquel secuestro virtual de la revolución cubana por las fuerzas sustantivamente enemigas de su mejoramiento y liberación. Estalló la huelga general de agosto. Rubén Martínez Villena fué su conductor y su héroe. Desde su cuartico humilde, sobre una cama revuelta, perseguido de cerca por los esbirros del machadato y los pistoleros del A B C, sofocado y febril, moribundo a monentos, él dirigió con mente lúcida y voluntad de acero el formidable movimiento. Pero sus propósitos se vieron frustrados al cabo, al ser éste torcido y controlado por los sectores reaccionarios mediante un cuartelazo imperialista. Rubén denunció el verdadero sentido de la maniobra desde las páginas de "El Trabajador".

Surgió entonces, veintiocho días después de la fuga criminal de Machado, el golpe del 4 de septiembre, que determinó de momento, una modificación apreciable en la correlación objetiva de las fuerzas sociales. Los acontecimientos tomaron un ritmo desorbitado. El país fué sacudido por una oleada de grandes huelgas. Cuba tuvo su primer intento de soviet en Mabay.

En medio de aquella agitación tempestuosa, llegaron de México, traídos por Juan Marinello y otros revolucionarios cubanos y mexicanos, las cenizas de

Mella, aún insepultas. Esa mañana, y desde el balcón de la Liga Antiimperialista, en Reina y Escobar, Rubén dirigió por última vez su palabra a las masas. Habló poco y apenas fué oído: la enfermedad le había estrangulado la voz. Pero algunos le oímos, los que estábamos más cerca de él y guardamos sus palabras, sus últimas palabras públicas, como tesoro preciado:

Camaradas: Aquí está, sí, pero no en ese montón de cenizas sino en este formidable despliegue de fuerzas. Estamos aquí para tributar el homenaje merecido a Julio Antonio Mella, inolvidable para nosotros, que entregó su juventud, su inteligencia, todo su esfuerzo y todo el esplendor de su vida a la causa de los pobres del mundo, de los explotados, de los humillados.... Pero no estamos sólo aquí para rendir ese tributo a sus merecimientos excepcionales. Estamos aquí, sobre todo, porque tenemos el deber de imitarlo, de seguir sus impulsos, de vibrar al calor de su generoso corazón revolucionario. Para eso estamos aquí, camaradas, para rendirle de esa manera a Mella el único homenaje que le hubiera sido grato: el de hacer buena su caída por la redención de los oprimidos con nuestro propósito de caer también si fuera necesario...

Todavía tuvo Rubén energías, no obstante ya estar más merto que vivo, para echar las bases del trabajo organizativo del Cuarto Congreso Obrero de Unidad Sindical. Y ya sin otra ilusión que salir cadáver de él, ingresó en el sanatorio "La Esperanza". Desde allí siguió alentando y dirigiendo, empero los esfuerzos denodados de Aldereguía por reducirlo al reposo absoluto, por aislarlo de todo contacto con la calle. El ha confesado como le asaltó, muchas noches, el te-

mor de que se le hubiera escapado de su cuarto para "ir a la asamblea, a la propaganda, a la muerte".

VI

Se apagó súbitamente, como una "llama al viento". Era enero y la noche clara y fría y él estaba solo y semidormido por el alcalaoide piadoso. Unas horas antes Gustavo Aldereguía había auscultado en su pecho jadeante la presencia invisible de la muerte. El lo ha contado con palabra trémula: "la lluvia de estertores que minaba sus pulmones me caló hasta la médula". Pero al comunicarle Aldereguía la culminación victoriosa del Cuarto Congreso Obrero de Unidad Sindical, que era obra suya y él había presidido en espíritu, sus ojos relampaguearon de gozo y respiró mejor. Cuando volvió junto a él —ante el llamado angustioso del médico de guardia— lo encontró ya muerto, con "la cabeza en hiper-extensión, buscando aire en el aire afilado, sin un rictus amargo, sin una contracción".

De la ciudad lejana y estremecida por los embates sangrientos entre lo viejo y lo nuevo —entre lo que se va y lo que viene— ascendía en ritmo creciente un rumor de marea, como si la muchedumbre que él había puesto en marcha se dispusiera, de una vez, a conquistar el futuro. En lo alto, lloraban conmovidos los luceros.

La mañana trajo a la urbe, con el oro jubiloso del sol, la aciaga nueva. Yo estuve allí junto a él, ya inerte, en silencio, el ambiente cuajado en llanto inconsolable, resultaba incomprensible verlo tranquilo, callado, inmóvil. Por un segundo todo aquello adquirió para mí la realidad de una pesadilla. Pero no. Allí estaba él, tendido a lo largo, envuelto en una

sábana nítida, con un puñado de flores rojas junto a la cabeza vacía ya de inquietud, junto a la cabeza que "sólo se inclinó ante los libros", Incrédulo aún, quise espiar su mirada, aquellos ojos suyos cargados de auroras. Y a pesar de mi anhelo y del dolor profundo, terrible, de su hermana Judith, siguieron sin lumbre, cerrados, perpetuamente cerrados. La tibia bruma que empañó los míos me devolvió a la tragedia, a la certidumbre indubitable de lo que yo me resistía a creer. Rubén había muerto. Aquel día "La Esperanza" vió salir por su pórtico, definitivamente rota, la esperanza más alta y más noble de la juventud cubana.

Fué tendido en el Salón de Actos de la Sociedad de Torcedores. Ni "anécdotas llenas de perversión", ni "tazas de chocolate". Grandes masas silenciosas de obreros y guajiros desfilaron durante toda esa noche junto a su ataúd, montándole guardia de honor puño en alto. Muchos de aquellos hombres humildes —en cuyo pecho él vivía sin saberlo— se inclinaban temblorosos sobre el cristal como queriendo transfundirle con la mirada vida y palabra, irreconciliablemente negados a aceptar la realidad inexorable. Allí estuvo Asela Jiménez, la esposa amada con amor exclusivo, la solícita e infatigable compañera de brega. Allí estuvimos sus familiares, compañeros y amigos, congregados junto al "resto de lo que fué su yo", para constatar una escena totalmente distinta a la que previeron sus versos. Allí estuvimos todos con él menos ella, no la del poema romántico, sino la que no podía estar por su tierna edad, su hijita, Rusela, que algún día llorará por esa noche hermosa y terrible, en que ella estuvo en nosotros al no poder estar por sí misma.

Miles de obreros y estudiantes escoltaron a pie su cadáver, envuelto en la roja bandera del Partido Co-

munista de Cuba. Era el tributo obligado a su juventud arrebatada y generosa, a su sacrificio y a su abnegación, a su vida que había sido hoguera y fontana.

Sobre su tumba llovieron las rosas y la esperanza de un mundo nuevo, limpio de injusticias y fealdades, flameó en los discursos. Los versos de Manuel Navarro Luna revolotearon entre los pinos divinos que cantó el otro Rubén:

¡Porque hay, tras este grito de nieblas doloridas,
un sonreír de surcos y un despertar de vidas.
Y él, que sembró su sangre en rojas sementeras,
debe esperar que alcen su luz las primaveras!

No le fué dable caer, como lo anhelara, en la trinchera ni en la emboscada alevosa. Pero había caído en su cama, que era todo, menos eso. En su cama, que, como el sillón de ruedas de José Carlos Mariátegui, quedará como símbolo heroico de lo que es capaz una voluntad tensa al servicio de un ideal.

RAUL ROA.

En el exilio, Tampa, 15 de enero de 1936.

LA PUPILA INSOMNE

Tengo el impulso torvo y el anhelo sagrado
de atisbar en la vida mis ensueños de muerto.
¡Oh, la pupila insomne y el párpado cerrado!...
(¡Ya dormiré mañana con el párpado abierto!)...

1923

EL ANHELO INUTIL

¡Oh mi ensueño, mi ensueño! Vanamente me exaltas:
¡Oh el inútil empeño por subir donde subes...!
¡Estas alas tan cortas y esas nubes tan altas...!
¡Y estas alas queriendo conquistar esas nubes...!

1923

PEÑAS ARRIBA

Llora, triste, corazón,
llora tu rudo quebranto
y llora con tierno llanto
la muerte de mi ilusión.
Que no hay en la Creación
alivio a mis sinsabores,
ni hay remedio a mis ardores,
ni hay aurora a mi contento,
ni hay ocaso a mi tormento
ni piedad a mis dolores.

El castillo de ideales
que forjó mi fantasía
se vió derribado un día
a fuerza de vendavales.
Y sin consuelo a mis males,
que el consuelo no me alcanza,
fuíme a esperar la bonanza,
me di a cuidar, ya más cuerdo,
las flores de mi recuerdo,
y mis flores de esperanza.

Pero ya no tengo nada;
árida, triste y oscura,
será mi vida futura
como mi vida pasada.
¡Oh mi bien, oh dulce amada,
apoyándome en la rima,
mientras la zarza lastima
lo poco que de mí resta,
voy subiendo por la cuesta
desconfiando de la cima!

Larga cuesta del vivir,
cima escarpada y altiva
donde voy "peñas arriba"
sin fe para proseguir.
¿Cómo te podré subir
cargado con esta cruz?
Rasgue el lóbrego capuz
el sol a que te encaminas,
y mi corona de espinas
tórnase aureola de luz.

Porque mi ser necesita,
para seguir su camino,
algún cambio en el destino
bajo el que llora y se agita.
Una pasión infinita,
algo que acabe mi duelo,
y que cumpliendo mi anhelo
al abatir mi amargura
me deje el alma tan pura
como un pedazo de cielo...!

Si ese cambio de mi vida
por suerte se realizara,

con qué júbilo gritara
al alma desfallecida:
—emprende rauda subida,
no importa que en tu carrera,
en la zarza que te hiera,
vayas quedando a retazos,
porque tus mismos pedazos
me servirán de bandera...

Muertas las flores se ven
de la esperanza que pierdo,
y las flores del recuerdo
se van muriendo también;
sin estas flores, mi bien,
que ha marchitado la suerte
lo cruel de mi vida advierte
al querer que ellas revivan,
pues las ansias de que vivan
me van trayendo la muerte.

Acabe ya mi tormento,
cese mi rudo quebranto,
concluyan mi triste llanto
y mis dolores sin cuento.
Ya desmayado me siento;
ven, amor, que sin tu lumbre,
esta inmensa pesadumbre
ha de abatir mi heroísmo
y he de rodar al abismo
con la mirada en la cumbre.

1917

PSIQUIS

Muerte: mi corazón no desanimas
y aún te aguardo con grato sentimiento;
que siempre fué mi decidido intento
subir las cumbres y medir las simas.

En tanto que mi pecho no comprimas
para bere su postrimer aliento,
con el hilo de luz del pensamiento
voy tejiendo la veste de mis rimas...

Y con ella, pletórico de orgullo,
envuelvo el alma como en un capullo,
donde se viste de mejores galas,

y en cuyo seno, con perenne anhelo,
presintiendo la fuerza de sus alas
¡goza ya con la gloria de su vuelo!

1919

EL ENIGMA DE LA AMANTE HORRIBLE

Abrió la mano trágica; me tomó del cabello;
me suspendió a la altura de su boca entreabierta;
y todo el cuerpo flácido colgante de mi cuello,
se balanceó en su risa, como una cosa muerta...

Un coro de pavuras, en un grito reacio,
se me subió a los labios atropelladamente;
y Ella miró tan hondo, tan fijo, tan despacio,
que su mirada horrible me barrenó la frente.

¿Cuál es la meta negra de sus designios rojos?...
Aún hoy sufro en el puño férreo que no se encorva
sus mordeduras cálidas y sus ósculos fríos...

Yo la miro hasta el fondo lóbrego de los ojos,
y sólo hallo en sus ojos mi propia imagen torva
mirándose en el fondo lóbrego de los míos...

1923

CANCION DEL SAINETE POSTUMO

Yo moriré prosaicamente, de cualquier cosa,
(¿el estómago, el hígado, la garganta, ¡el pulmón!?)
y como buen cadáver descenderé a la fosa
envuelto en un sudario santo de compasión.

Aunque la muerte es algo que diariamente pasa,
un muerto inspira siempre cierta curiosidad;
así, llena de extraños, abejeará la casa,
y estudiará mi rostro toda la vecindad.

Luego será el velorio: desconocida gente,
ante mis familiares inertes de llorar,
con el recelo propio del que sabe que miente
recitará las frases del pésame vulgar.

Tal vez una beata, neblinosa de sueño,
mascullará el rosario mirándose los pies;
y acaso los más viejos me fruncirán el ceño
al calcular su turno más próximo después...

Brotará la hilarante virtud del disparate
o la ingeniosa anécdota llena de perversión,
y las apetecidas tazas de chocolate
serán sabrosas pausas en la conversación.

Los amigos de ahora —para entonces dispersos—
reunidos junto al resto de lo que fué mi "yo",
constatarán la escena que preven estos versos
y dirán en voz baja: —¡todo lo presintió!

Y ya en la madrugada, sobre la concurrencia
gravitará el concepto solemne del "jamás";
vendrá luego el consuelo de seguir la existencia...
Y vendrá la mañana... pero tú, ¡no vendrás!...

Allá donde vegete felizmente tu olvido,
—felicidad bien lejos de la que pudo ser—
bajo tres letras fúnebres mi nombre y mi apellido,
dentro de un marco negro, te harán palidecer.

Y te dirán: —¿Qué tienes?... Y tú dirás que nada;
mas te irás a la alcoba para disimular,
me llorarás a solas, con la cara en la almohada,
¡y esa noche tu esposo no te podrá besar!...

1922

HOMENAJE AL MONOSILABO ILUSTRE

¡Gloria a tí! mágico monosílabo sonoro,
porque denominaste la escala musical;
brevedad de latido; pura gota de oro
o de cieno, que todo lo encuentras: Bien y Mal.

—*Mal, ¡Bien!*: en una sílaba la Gran Moral cabría;
tu gracia laconiza todo lo primordial:
Dios es el monosílabo de la filosofía;
Ser es verbo-resumen del problema total.

Yo, tú, él... Yo: ¡síntesis verbal de la conciencia!
Y el *sí* y el *no* son tuyos. ¡Ave tu noble ciencia!
¡Monosílabo!: padre de las lenguas de hoy...

Nota bajo el silencio, chispa sobre el abismo.
¡Ah, si lograra un día, cribando mi hermetismo,
dar-yo-por-ti-no-mas-la-voz-y-la-luz-que-soy!...

1922

INSUFICIENCIA DE LA ESCALA Y EL IRIS

La luz es música en la garganta de la alondra;
mas tu voz ha de hacerse de la misma tiniebla;
el sabio ruiseñor descompone la sombra
y la traduce al iris sonoro de su endecha.

El espectro visible tiene siete colores,
la escala natural tiene siete sonidos:
puedes trenzarlos todos en diversas canciones,
que tu mayor dolor quedará sin ser dicho.

Dominando la escala, dominador del iris,
callarás en tinieblas la canción imposible.
Ha de ser negra y muda. Que a tu verso le falta

para expresar la clave de tu angustia secreta,
una nota, inaudible, de otra octava más alta,
un color, de la oscura región ultravioleta.

1923

EL GIGANTE

¿Y qué hago yo aquí donde no hay nada
grande que hacer? ¿Nací tan sólo para
esperar, esperar los días,
los meses y los años?
¿Para esperar quién sabe
qué cosa que no llega, que no puede
llegar jamás, que ni siquiera existe?
¿Qué es lo que aguardo? ¡Dios! ¿Qué es lo
[que aguardo?

Hay una fuerza
concentrada, colérica, expectante
en el fondo sereno
de mi organismo; hay algo,
hay algo que reclama
una función oscura y formidable.
Es un anhelo
impreciso de árbol; un impulso
de ascender y ascender hasta que pueda
¡rendir montañas y amasar estrellas!
¡Crecer, crecer hasta lo inmensurable!

No por el suave
placer de la ascensión, no por la fútil
vanidad de ser grande...

sino para medirme, cara a cara,
con el Señor de los Dominios Negros,
con alguien que desprecia
mi pequeñez rastrera de gusano,
áptero, inepto, débil, no creado
para luchar con él, y que no obstante,
a mí y a todos los nacidos hombres,
goza en hostilizar con sus preguntas
y su befa, y escupe y nos envuelve
con su apretada red de interrogantes.
¡Oh, Misterio! ¡Misterio! Te presiento
como adversario digno del gigante
que duerme sueño torpe bajo el cráneo;
bajo este cráneo inmóvil que protege
y obstaculiza en sus paredes cóncavas
los gestos inseguros y las furias
sonámbulas e ingenuas del gigante.
¡Despiértese el durmiente agazapado,
que parece acechar tus cautelosos
pasos en las tinieblas! ¡Adelante!

Y nadie me responde, ni es posible
sacudir la modorra de los siglos
acrecida en narcóticos modernos
de duda y de ignorancia; ¡oh, el esfuerzo
inútil! ¡Y el marasmo crece y crece
tras la fatiga del sacudimiento!

¡Y pasas tú, quizás si lo que espero,
lo único, lo grande, que mereces
la ofrenda arrebatada del cerebro
y el holocausto pobre de la vida
para romper un nudo, sólo un viejo
nudo interrogativo sin respuesta!

¡Y pasas tú el eterno, el inmutable,
el único y total, el infinito,
Misterio! Y me sujeto
con ambas manos trémulas, convulsas,
el cráneo que se parte, y me pregunto:
¿qué hago yo aquí, donde no hay nada, nada
grande que hacer? Y en la tiniebla nadie
oye mi grito desolado. ¡Y sigo
sacudiendo al gigante!

1923

EL CAMPANARIO DEL SILENCIO

Yo tuve un campanario monumental, en cuyas
campanas di la música de mis anhelos nobles;
aleccioné mis bronces en risas de aleluyas,
ángelus melancólicos y lágrimas de dobles...

Después la irremediable necesidad del toque
forzó el pregón metálico de mis impulsos bajos;
y de mi torre a vuelo, con el continuo choque,
saltaron las cansadas lenguas de mis badajos...

Y hoy sufro de mis versos volteando en el silencio
campanas mutiladas; no más que yo presencio
la danza de mis bronces en ímpetu insensato;

y oigo —bajo mis sienes— inexorable y rudo
clamar, en un glorioso vértigo de rebato
¡el toque inverosímil del campanario mudo!...

1923

PAZ CALLADA

Largolento en monorritmo de "A"

Y esta perenne abulia; esta inercia del alma
que no siente: ni espera ni rememora nada:
ni una ansiedad siquiera para el futuro: calma;
calma: ni una nostalgia de la vida pasada.

Pausas que se dilatan en la quietud amarga;
el mismo tema diario se repite y se cansa;
la materia inactiva se degenera en larga
putrefacción creciente, como de linfa mansa...

Y esta es la paz callada. Ni un ímpetu de ala.
Tan solo el verso arrastra su cansancio y escala
penosamente el duro silencio, se levanta

sobre el labio en un gesto de sonrisa macabra,
mientras la mano en garfio me estruja la garganta
¡para exprimir la gota de hiel de la palabra!...

1923

PRESAGIO DE LA BURLA FINAL

Yo tengo la absoluta seguridad que un día,
cuando ya no me resten fuerzas para marchar,
cruzará mi camino la verdadera vía
orientada a la gloria que pude conquistar.

En ella estará todo: (alguien que me quería,
mi ensueño; mi destino; mi gozo y mi pesar;
la vocación ignota.) ¡Oh, ruta, que era "mía"!...
¡Y ya será muy tarde para poder andar!

Entonces, abrumado bajo mi propio ocaso,
ante la burla horrenda que agrave mi fracaso,
comprenderé lo inútil de todo lo que fuí;

me punzarán la frente recuerdos como abrojos,
me tragaré la lengua, me cerraré los ojos,
¡y en un olvido largo me olvidaré de mí!...

1922

MOTIVOS DE LA ANGUSTIA INDEFINIDA

Mi vida: una semilla en un surco de mármol.

(Verso sin consonante.)

¡Oh, consciente impotencia, para vencer la empresa
de traducir al verso la aspiración informe!
Angustia irremediable: conservar inconfesa
la tragedia monótona del vivir uniforme!...

¡Y temer el ansiado reposo, donde cesa
esta resignación a seguir inconforme
de todo: de sí mismo, del labio que se besa,
de la verdad pequeña y del Enigma enorme!

Sufrir el infructuoso cerebralismo insano,
el cruel distanciamiento del espíritu hermano,
la maldición de Palas en la gracia de Apolo...

Y en el continuo esfuerzo hacia lo inasequible
quedar, al fin, aislado, ¡perpetuamente solo,
igual que un verso de consonancia imposible!

1925

DEFENSA DEL MIOCARDIO INOCENTE

Para impugnar la tesis de una verdad ficticia
vulgarizada en versos desprovistos de lógica,
quiero hablar en el nombre de la Santa Justicia
y de la respetable justicia fisiológica.

Corazón: los poetas —rubios de candideces—
te rellenaron firme de goces y pesares.
¡Tú, que tan sólo sirves para "vivir"!... y, a veces
para rimar sonoras consonantes vulgares.

Tú, apenas responsable de una inquietud atáxica
pues isócronamente, un día y otro día,
preso en la celda ósea de la jaula torácica
mueves tu mecanismo vil de relojería.

¡Pobre músculo hueco, víscera miserable!
Automática bomba aspirante-impelente;
¡centro de las calumnias!... Mientras el Gran Culpable
se alberga tras la sabia protección de la frente.

El es —¡esclavo dócil!— tu inexorable dueño;
él es tu noria férrea —¡asno del organismo!—;
y es padre y receptáculo de Realidad y Ensueño,
y abismo de mentiras y Verdad del Abismo.

Alza sobre tus largos instantes de fatiga,
como una superpuesta colocación de lápidas.
Maneja su rendaje de nervios y te obliga
a galopar tus sístoles y diástoles más rápidas.

El va, versátilmente, canturreando en tus pulsos
en sus jineterías de señor enigmático:
el freno neumogástrico reprime tus impulsos
o te castiga el anca la fusta del "simpático".

Tu sencillez ingenua, de cuatro cavidades,
no sospecha la causa de sus resoluciones;
y él ofrece a la espira de las complejidades
un enmarañamiento de circunvoluciones.

En verdad: es el Padre de todo impulso noble:
—estas sinceridades son suyas, al ser mías—
pero es tan falso siempre, corazón ¡que hasta es doble!
¡Doble como la imagen de las hipocresías!

Y tú, en el hacecillo miológeno inconsciente,
sufres tus reducidas fronteras autonómicas...
¡Obrero infatigable! ¡Miocardio inocente!
vapuleado en poéticas absurdidades cómicas!...

¡Ah, lo confieso!; un tiempo agravé tu calvario;
te "di" con mano pródiga de adolescente loco,
abusé de tu manso papel de proletario,
te puse en consonancias... ¡y me "doliste" un poco!

Pero ya basta: usando mi poquito de ciencia,
con algo de abogado y con mucho de artista,
proclamo la solemne Verdad de tu Inocencia,
con revolucionario criterio socialista.

Que ya, cuando me aburran consonancias y ripios
y me canse tu danza de impenitente músico,
te llevaré a una huelga de sólidos principios.
¡Oh, persuasión ingénita en el ácido prúsico!

1925

PAGINA DE LA DROGA CELESTE

Semilla del Ensueño, la gota milagrosa
en una falsa muerte la Paz nos anticipa,
y orna la paz de imágenes. El alma, que reposa
la secular fatiga, ve como se disipa.

su gran Dolor en una voluta caprichosa.
Humo que de la torpe materia la emancipa:
ensaya el vuelo ansiado la triste mariposa
a la crepitación caliente de la pipa...

¡Oh, la espiritualísima sensualidad del opio!
En el laboratorio del universo propio
se aduerme al fin la vieja demencia del análisis,

y el fumador, que a ratos su embriaguez desintegra,
hace brotar, luchando con la dulce parálisis,
un vasto ensueño rosa de la píldora negra.

1924

LA MEDALLA DEL SONETO CLASICO

Anfora insigne do la fiebre augusta
vertió la miel de su labor divina;
ejercicio de brava disciplina,
troquel de bella suavidad robusta.

Añeja forma donde Apolo ajusta
fuerza viril en gracia femenina;
¡aún alzas hoy tu majestad de ruina
bajo el desprecio de la edad injusta!

Reliquia noble, que tomé del arca
donde un viejo perfume de Petrarca
alienta en Argensola y en Arguijo;

mi triste devoción cuaja una gota,
y, hecha un endecasílabo, la fijo,
¡como una perla, en tu medalla rota!

1925

SINFONIA URBANA

1

Crescendo Matinal

Una incipiente lumbre se expande en el oriente;
uno tras otro, mueren los públicos fanales...
Ya la ciudad despierta, con un rumor creciente
que estalla en un estruendo de ritmos desiguales.

Los ruidos cotidianos fatigan el ambiente:
pregones vocingleros de diarios matinales,
bocinas de carruajes que pasan velozmente,
crujidos de maderas y golpes de metales.

Y elévase en ofrenda magnífica de abajo
el humo de las fábricas —incienso del trabajo—;
rezongan los motores en toda la ciudad.

en tanto que ella misma, para la brega diaria,
se pone en movimiento como una maquinaria,
movida por la fuerza de la necesidad!

2

Andante Meridiano

Se extingue lentamente la gran polifonía
que urdió la multiforme canción de la mañana,
y escúchase en la vasta quietud del mediodía
como el jadear enorme de la fatiga humana.

Solemnidad profunda, rara melancolía.
La capital se baña de lumbre meridiana,
y un rumor de colmena colosal se diría
que flota en la fecunda serenidad urbana.

Flamear de ropa blanca sobre las azoteas;
los largos pararrayos, las altas chimeneas;
adquieren en la sombra risibles proporciones;

el sol filtra en los árboles fantásticos apuntes
y traza en las aceras siluetas de balcones
que duermen su modorra sobre los transeuntes.

3

Allegro Vespertino

¡Ocasos ciudadanos, tardes maravillosas!
Pintoresco desfile de la ciudad contenta,
profusión callejera de mujeres hermosas:
unas que van de compra y otras que van de venta...

Tonos crepusculares de nácares y rosas
sobre el mar intranquilo que se adora y se argenta,
y la noche avanzando y envolviendo las cosas
en un asalto ciego de oscuridad hambrienta.

(Timbretear de tranvías y de cinematógrafos,
música de pianolas y ganguear de fonógrafos.)
¡La noche victoriosa despliega su capuz,

y un último reflejo del astro derrotado
defiende en las cornisas, rebelde y obstinado,
la fuga de la tarde, que muere con la luz!

4

Morendo Nocturno

Un cintilar de estrellas en el azul del cielo
y una imponente calma de humanidad rendida,
mientras el mundo duerme bajo el nocturno velo,
como cobrando fuerzas para seguir la vida.

Alguna vaga y sorda trepidación del suelo
rompe la paz augusta que en el silencio anida,
y la lujuria humana, perenemente en celo,
transita por las calles de la ciudad dormida.

Ecos, roces, rumores... Nada apenas que turbe
el tranquilo y sonámbulo reposar de la urbe;
y todo este silencio de noche sosegada,

en donde se adivinan angustias y querellas,
es el dolor oculto de la ciudad callada
¡bajo la indiferencia total de las estrellas!...
1921

EL CAZADOR

Regresaba de caza, mas extravió el camino,
y alegre, al trote vivo de su cabalgadura,
llegóse hasta el albergue pobre del campesino
con una corza muerta cruzada en la montura.

Esa noche la cena se prestigió de vino,
la niña de la casa retocó su hermosura,
y al tierno y suave influjo del calor hogarino
nació el más suave y tierno calor de la aventura.

Y él marchóse de prisa la mañana siguiente...
Quizás entre la noche—celestina prudente—,
hizo algún juramento que le entreabrió una puerta;

mas él no recordaba... Marchó por la campiña,
alegre, como vino; y el alma de la niña
cruzada en la montura como una cierva muerta.

1922

FIN DE VELADA

El viejo caballero de preclaro linaje,
bruñía sus pistolas con grave devoción;
la joven castellana bordaba algún encaje.
El cierzo, en las almenas aullaba su canción.

Tendido ante la dama se hallaba el nuevo paje,
mirando, con pupilas llameantes de pasión,
la pierna que, atrevida, por debajo del traje,
mostraba su contorno como una tentación...

Una ráfaga helada, con un soplo macabro
apagó las diez velas en el gran candelabro:
el paje, con creciente delirio se arrastró;

mordió la airosa pierna que huyó sobre la alfombra
y, sin ver que la dama sonreía en la sombra,
¡temiendo que le ahorcaran la daga se clavó!

1922

LA RUTA DE ORO

Concurren a la exacta rectitud de la estela,
el lastre de prudencia, la estiba de ambición;
y el rumbo—resultante del timón y la vela—
prolonga una serena bisectriz de ilusión.

El velamen preñado por la racha sonora
incuba, como un vientre, su anhelo de volar,
y el casco enfila dócil, del timón a la prora,
el amor de la brújula con la estrella polar.

¿Y adónde va la barca, tenaz en energías?
¿Adónde va en la eterna sucesión de los días,
que tras el desengaño de todos los crepúsculos?

sigue abriendo las aguas a babor y estribor?...
(Tiembla en la arboladura un esfuerzo de músculos.
Hay un jirón de cielo sobre el palo mayor.)

1922

EL FARO

Abajo, roca y aguas: el multífono grito
de las olas que rompen; y a su caricia ruda,
con un cendal de espumas la base de granito,
alternativamente, se viste y se desnuda.

Y arriba, yergue el faro su construcción aguda;
—el faro, que es la estatua del Cíclope del mito—
altivo, como el símbolo de una soberbia muda;
solemne, como un dedo que apunta al infinito.

¡El faro!... Luminoso rey de las lejanías...
Titán que vió por siglos la muerte de los días.
Contemplador de mudos solares misereres,

la vesperal tristeza petrificó sus músculos,
¡y aún guarda en el cerebro —loco de atardeceres—,
el sueño de la última llama de los crepúsculos!..

1922

TEMPESTAD

(fragmento wagneriano)

La selva temerosa parece que presiente
con un temblor de frondas la próxima refriega,
y una ráfaga helada cruza el cálido ambiente,
portadora del reto del huracán que llega.

Expectación. La calma brevemente precede
a los vientos, que avanzan en fantástica tropa,
y se queja rugiendo la raigambre que cede
bajo el peso del árbol que doblega la copa.

Hay un rumor confuso, como de cabalgata.
Un trompetear horrísono de bárbara sonata.
atruena el horizonte de color de ceniza;

y a la luz parpadeante de la eléctrica fragua,
el paso de la ráfaga se visibiliza
en el ondear del amplio cortinaje del agua.

1922

ERA EL DESFILE DE LOS GRANDES

Era el desfile de los grandes, era la marcha
(de los nobles,
daba el clarín la aguda nota de su alarido musical
y con nutridas granizadas iban dictando los redobles
ritmo de potros desbocados al tenso parche del timbal.

Partió la rauda cabalgata como en un ímpetu de alas,
cada jinete era instantánica visión de bélico furor
mientras batida por el viento y acribillada por las
(balas
iban trallando la bandera sobre el vértigo del honor.

1923.

CAPRICHO EN TONO MENOR

(Música di Camera.)

¿Llegas?... Se asombra, te nombra,
se enciende el duende que entiende
tu mirada:
se tiende sobre la alfombra
de tu sombra perfumada.

¿Andas?... La estatua se mueve.
Grave, leve, breve y suave
tu pie de nieve que sabe
la gracia de los minués:
en silencio y de rodillas
reverencio las sencillas
maravillas de tus pies.

¿Suspiras?... El seno heleno
se alza pleno en un sereno
anhelo azul de pecado:
—¡comba rosa!— Fuera bueno
morir, lleno de veneno,
sobre tu seno rosado.

¿Miras?... Se esponja en la cima
de la rima que te mima
una tórtola muy blanca.

¿Miras? Acecha y se estira,
se agazapa, ruge en ira
la pantera que te mira
del fondo de mi barranca...

¿Ríes?... Te adoro, te imploro:
¡rompa tu risa encantada
en mi boca!... ¡Poro a poro,
quiero beberme un tesoro
en el oro del sonoro
coro de tu carcajada!...

1924

IRONIA

Toma, toma mi lira; quiero darte,
como recuerdo de mi fe pasada,
esta lira infeliz que fué mi espada
y que fué mi broquel y mi estandarte.

Póstuma ofrenda de mi inútil arte,
la dejo ante tus pies abandonada,
aunque a golpes tu planta idolatrada
con ofendida majestad la aparte.

Mas cada golpe de tu pie furioso
le arrancará un sonido melodioso,
y a tan rudos tormentos y martirios

acaso corresponda de memoria
con una endecha en que cifré su gloria...
y en la que digo que tus pies son lirios.

1919

CELOS ETERNOS

Tengo celos del pasado que son celos incurables;
desconfianza de la historia que viviste en el ayer,
de los ojos que se vieron en tus ojos adorables,
de los sueños que forjaron tus instintos de mujer.

Y supongo dolorido, los innúmeros probables
cazadores que tuvieron las bellezas de tu ser,
y me asaltan, una a una, las palabras miserables
que engañaron tus oídos con promesas de placer.

Es inútil; nadie puede borrar ya lo que ha pasado,
y tus besos me recuerdan otros besos que tú has dado
y anticípanse mis celos en el mismo porvenir.

porque en vez de consolarme, cada vez estoy más
(triste
presintiendo que los años de placeres que viviste
son los años de martirio que me quedan por vivir.

1918

CARNAVAL

Amada: ¡ha llegado el tiempo de las alegrías!
¿Oyes esas risas? ¡Es el Carnaval!
Arroja la máscara de todos los días
y cúbrete el rostro con el antifaz.

Viste con un traje de exótico estilo,
ciñe con anillos tus dedos agudos,
adorna con flores el seno intranquilo
y muestra tus brazos, que estando desnudos,
¡tus brazos completan la Venus de Milo!

Desata y empolva tus negros cabellos
y deja que aspire tus polvos en ellos
y pinta tus labios con rojo color;
deja que al impulso de mis desvaríos
al besar tus labios tíñanse los míos
con los rojos tintes de tu tocador.

¡Cede a mis empeños! ¡Ríndete a mis quejas!
Cuélgate las perlas de tus dos pendientes
en las bellas conchas de tus dos orejas,
y tus ojos brillen más resplandecientes,
como dos guerreros ávidos de hazañas,
que vencieran almas con sus resplandores
al lanzar los dardos de sus mil fulgores

entre las cien lanzas de tus cien pestañas!...
Corramos, amada; tus penas olvida.
¿No escuchas un vago murmullo de enjambre?
Es Momo que al baile nos convida;
gastemos el oro, gocemos la vida...
¡en tanto los pobres se mueren de hambre!

Deja que te cubra de *confetti* leves;
soy ante las joyas de tus plantas breves,
un Pierrot que clama por su Colombina;
vámonos al baile, cúbreme de flores
y átame a tu pecho, trémula de amores,
con las espirales de una serpentina!

Mézclense en mi copa todos los licores,
rueden confundidos a mis ademanes
los vinos de todas las viñas de España
con los dulces vinos de los alemanes,
entre las espumas del áureo champaña...

Y tú, dulce amada, reina de hermosuras,
que tornando tuyos todos mis dolores
apuraste el cáliz de mis desventuras
lleno de amarguras y de sinsabores,
ánfora de amores llena de ternuras:
bebe de esta copa que temblando tomo;
sueño de mi insomnio, mágica sirena,
bebe de mi vaso brindando por Momo
con vinos mezclados que maten la pena.

Sosténte en mis brazos si estás temblorosa,
sosténme en los tuyos si ves que vacilo:
anuda a mi cuello tus brazos de diosa...
¡Con ellos completas la Venus de Milo!

Ya que ante tus ojos llenos de fulgores
soy contrario débil para tus hazañas
que me rindo presto, lleno de temblores,
ante las cien lanzas de tus cien pestañas,
pierdan sus destellos tus ojos fulgentes
cuando te dobleguen todos los excesos,
y si no te embriagan mis vinos ardientes,
duérmete en mis brazos, ebria de mis besos..
....

Ha llegado el tiempo de las alegrías.
¿Oyes esas risas? Es el Carnaval:
¡Momo se aproxima, suenan chirimías
y óyense los ecos de la bacanal!
Ha llegado Momo, dios de las orgías:
vuélvete de espaldas con un gesto real,
y mira cual cruzan, sembrando agonías

el Hambre y la Pena, los hijos del Mal.
No escuchas el vago zumbido de enjambre:
para tantos pobres que mueren de hambre,
vertamos el llanto, tengamos amor;
átame a las vueltas de una serpentina
y lloremos juntos, dulce Colombina,
por las tristes almas llenas de dolor.

1918

EXALTACION EN NEGRO SOSTENIDO MAYOR

¡Oh tus ojos de tinieblas y claridades extrañas,
negro acorde en una octava de aristocracia bemol,
astro duple donde cuelga la piedad de tus pestañas
una cortina de seda tamizadora de sol!

¡Oh conexiones gemelas del misterio que produce
el milagro luminoso de una negra combustión!
¡Oh blancura níveo-láctea de la córnea donde luce
tu pupila que es la base de un cilindro de carbón!

¡Oh paréntesis yacente de tus dos cejas sombrías
—arco doble de mil dardos para un solo flechador—
quiero cerrar el paréntesis de tus cejas con las mías
a la pequeña distancia de un universo de amor!

1923

EL RIZO REBELDE

(Capricho madrigalesco)

Sobre la albura de tu níveo cuello,
aumentando la gracia de su hechizo,
volteaba lleno de temblor un rizo,
prisionero fugaz de tu cabello.
Mas apenas gozaba la alegría
de saltar en tu cuello nacarado,
tus dedos moderaron sus afanes,
y al rizo en rebeldía,
al pobre libertado
con celo de solícitos guardianes
volvieron a la cárcel del tocado.

¡Oh, rizo idolatrado!
¡Maravilloso rizo,
que yaces nuevamente condenado
a vivir en la cárcel del tocado
que el céfiro deshizo!
Ya que el céfiro no puede libertarte,
pide auxilio a mis besos
que sabrán consolarte
porque saben la pena de estar presos...

¡Yo te daré la libertad con ellos,
rizo de queridísimos cabellos!
Un solo beso silencioso y suave
sobre la piel nevada y marfileña,
harán que al fin tu esclavitud acabe
y desenvuelvas tu espiral sedeña;
y luego a tus hermanos de tormento
seguiré libertando
y después con tan tenue rozamiento,
con tanta prisa seguiré besando,
que pensará nuestra tirana reina
que es el céfiro blando
quien, queriendo besarla, la despeina!

1919

MOTIVOS

Gracias por el sufrimiento nuevo que me diste,
gracias por el ensueño que bordé sobre ti;
gracias por el encanto de lo bello y lo triste,
gracias por aquel beso tuyo que me perdí.

Alma de cazadora, tu aventurera furia
entró de cacería a mi selva interior:
domaste la pantera negra de mi lujuria,
cobraste la paloma blanca de mi dolor.

Y hoy eres un motivo de mi lírica escasa,
que me habla de aquel día de sol en el ayer...
Tu recuerdo es como una libélula que pasa
desorientadamente bajo mi atardecer.

1923

DECLARACION

En la penumbra del jardín silente
vibró la voz de mi febril anhelo,
y el tímido relato de mi duelo
movió tu corazón indiferente.

La voz al cabo se tornó valiente
y al varonil reclamo de mi celo
se volvieron tus párpados al suelo
y sonrojada se dobló tu frente.

Mas tu boca impasible quedó muda.
El "no" que siempre te dictó la duda
abrió apenas la curva purpurina,

y por ahogarla, de pasión obseso,
desfiguré tu boca peregrina
bajo la ruda compresión de un beso.

1919

SALUDO FRAGANTE

Hada: el perfume es una lengua muda,
conocida por tí; de esta manera
va mi ramo de rosas y saluda
tu décima novena primavera.

Si hay flores en mi vida, ¡son tan tuyas!
Nacieron para tí, son tus hermanas;
por tí sonaron claras aleluyas
en la solemnidad de mis campanas.

Me diste, al ver mi soledad inmensa,
tu dulce nombre para mi divisa
y enjugaste la lágrima suspensa
sobre la falsedad de la sonrisa.

Arrancas sutilmente como espinas,
con tus manos divinas, mis dolores,
y en mi jardín recóndito dominas
como una flor, emperatriz de flores.

Y en el jardín que aroma tu presencia,
junto a las bocas suaves de las rosas,
tu boca constituye preferencia
de mis abejas y mis mariposas.

Tuyo es todo el jardín, pues tu pequeña
mano sembró las líricas semillas.
Oye decir con beatitud risueña
al jardinero puesto de rodillas,

que hoy en el culto de la rosa roja,
donde la miel acendra su embeleso,
con reverencia mística deshoja
sobre tu piel la rosa de su beso.

1924

HEXAEDRO ROSA

I

¡Te amo!...

A tu lado, o en tu ausencia; en la realidad o en el sueño; en la intimidad del rincón amable o ante el formidable arrullo del mar; en la noche lunada o negra y punteada de estrellas interrogadoras; en el momento maravilloso y tierno del amanecer; en el estupor meridiano del día o en el pensativo crepúsculo de oro...

En todos los sitios y a todas las horas te he dicho ya las palabras que creí no iba a pronunciar jamás.

II

Tu amor irrumpió en mi Vida como se cuela una ráfaga por una ventana abierta.

Todos mis papeles se alborotaron y en un vuelo de espanto se deslizaron bajo los muebles y hacia los rincones.

¿Qué has hecho, revoltosa?... ¿Cómo penetras sin permiso?... No quieras irte. He cerrado cuidadosamente la ventana y no te dejaré hasta que arregles lo que desordenó tu travesura ¡A ver si recoges aquel recuerdo mío y me traes esas cuartillas de la historia triste, y el cuento ese que aún no he terminado, y

aquella esperanza que germinaba bajo mi frente cargada hace un instante por estos pensamientos que han quedado aquí, a mis pies, truncos y revueltos! ¡Qué mare magnum has ocasionado con tu entrada! ¡Anda, obedece!...

Y mientras te digo todo esto tú estás ahí, de pie en el medio de mi alma, con mi más vieja tristeza bajo el tacón de tu zapato, diciendo a mi severidad con una sonrisa divina: —Indudablemente, nada hay más descortés que un rayo de sol...

Y lo peor del caso —¡atrevida!— es que pareces muy satisfecha de que haya cerrado mi ventana.

III

Tú dices que eres triste. Yo sé que comprendes mis tristezas. Pero a pesar de ti misma, tú eres alegre, alegre como la luz, como la flor, como el trino.

Lo raro es que tu alegría es producida por mi amor. Proviene tu alegría del amor del hombre taciturno, obsedido por el Misterio y por el Arte, envenenado por la Filosofía y por el Mundo.

Como yo conozco ese milagro, temo que se produzca en mí. Temo el contagio de tu celeste y poderoso júbilo.

¡Oh, amada! No me arrebate tu alegría lo que me enorgullece y me define. ¡No vuelva el tiempo ingenuo de la poesía meliflua y desastrosa! En mi gravedad de crepúsculo tendré, para tí sola, luces y flores y trinos. Déjame la palabra amarga. La tristeza y la cólera son mías.

Pero mi ternura sabrá mecer tu jovialidad de niña en un columpio de arrullos.

IV

Será un día cualquiera... Habrá rostros graves y rostros sonrientes. Todo ocurrirá como en un sueño y tú no sabrás qué pasa... (Tu alma será una dulce angustia y una expectación de aurora).

—¿Por qué me visten así? ¿Por qué me coronan de flores? ¿Por qué lloran y ríen? —me preguntarás.

Y yo permaneceré silencioso, para no romper con mi voz el sonambulismo del momento.

Pero cuando las amigas te hayan estrujado, cuando te hayan quitado los polvos a besos, cuando tú también derrames una lágrima límpida, entonces, rodearé tu cintura con mi brazo y te diré una palabra:

—Vamos...

V

Puedes venir desnuda a mi fiesta de amor. Yo te vestiré de caricias.

Música, la de mis palabras; perfume el de mis versos; corona, mis lágrimas sobre tu cabellera.

¿Qué mejor cinturón para tu talle, qué cinturón más tierno, más fuerte y más justo que el que te darán mis brazos?... Para tu seno, ¿qué mejor ceñidor que mis manos amorosas?... ¿Qué mejor pulsera para tus muñecas que la que formen mis dedos al tomarlas para llevar tus manos a mi boca?...

Una sola mordedura, cálida y suave, a un lado de tu pecho, será un broche único para sujetar a tu cuerpo la clámide ceñida y maravillosa de mis besos...

Puedes venir desnuda a mi fiesta de amor. Yo te vestiré de caricias...

VI

Entonces...

Cuando en tu cuerpo, rendido, no vibre ya el temblor elástico de los miembros; cuando tu labio no tenga fuerzas para besar; cuando tu brazo fatigado se extienda en un reposo lánguido, y en un gesto débil y esquivo de negación agites la cabellera trémula...

Entonces... Cuando tus ojos estén borrachos de adormideras sutiles, cuando los párpados te pesen y se caigan, quemados por la mirada ardiente de toda la noche... entonces, a través de la fina malla de tus pestañas, verás todavía alargarse en mis pupilas ávidas un desperezamiento de panteras...

1924

A UNA CUBANA

En su viaje a la Ciudadela
del Imperialismo.

Dulces ojos, boca y voz
que constituyen tesoro:
vais a la tierra del oro,
del imperialismo feroz.

Cubana, quédanos fiel:
dile al extranjero intruso
que el arancel que nos puso
lo violamos con tu miel.

1929

MAESTRO

(A la memoria de Luis Padró)

Maestro y luchador: fué tu destino
abrir el surco, cultivar el grano,
moldear la arcilla de, cerebro humano,
"templar las almas" con amor divino.

En el diario combate del camino
con las contrariedades del arcano,
uniste a tus valores de espartano
la dulce mansedumbre del Rabino.

¡Oh, luchador: el libro de tu historia
cerróse a la mitad! ¡Pero la Gloria
lo glosó con eternas alabanzas,

y, siempre educador, ya tu partida
selló el recuerdo de tus enseñanzas
con el ejemplo de tu misma vida!

1919

19 DE MAYO

Señor de la Palabra, Caudillo de la Idea,
tu verbo fué cual grito pletórico de fe,
que al pueblo arrodillado quitóle la librea,
rompióle las cadenas y púsole de pie;
y fué clarín guerrero llamando a la pelea
y látigo feroz
y en que brillaba la libertad futura,
en cuyas amenazas, preñadas de amargura,
el alma de la Patria lloraba por tu voz.

Señor de la Palabra: tu helénica figura
en la historia aparece como un girón de luz;
y no sé por qué el alma te supone en un templo
y al recordar tu vida, buscándole un ejemplo,
¡se postra de rodillas y piensa en una cruz!

Caudillo de la Idea: al recordar tu muerte
el alma como un ángel magnífico te advierte
que murió cultivando su milagrosa mies,
—la mies que fué regada con sangre de patriotas—
y te ve con la frente y con las alas rotas
y una estrella en el pecho y un león a tus pies..

Tu obra es una obra de tormento.
Es la de aquél que el alto pensamiento

en una estatua primorosa labra
y le da vida con su propio aliento;
héroe que para entrar en la pelea
te forjaste una espada: la Palabra,
en una fragua sin igual: la Idea.
Mas la espada trocóse en un machete
y el orador se transformó en jinete
para buscar el trágico bautismo;
hacia el estruendo de la lid marchaste
y, arrojando tu fardo de idealismo,
te dejaste arrastrar en tu heroísmo
por el propio huracán que desataste.
¡Aguila que cansada de sus vuelos
por las regiones do su grito aterra,
descendió como un rayo de los cielos
para morir cual tórtola en la tierra!...
Señor de la Palabra, Caudillo de la Idea,
supiste ser más tarde señor de la pelea,
caudillo del tropel;
montaste sin destreza sobre el bridón y altivo
te erguiste clamoroso de pie sobre el estribo,
y el fuego de tu verbo electrizó el corcel.
Y fué como un Pegaso con un ángel encima.
La hoja de la espada —en inocente esgrima—
prolongaba tu alma como un rayo de bien.
Oyóse una descarga... caiste entre las balas,
y el sombrero cubano te formó con sus alas
como un halo glorioso que rodeaba tu sien.
Y las ánforas vivas, prodigiosas,
de tu pecho y tu cráneo se volcaron;
urnas de sangre y de ideal, preciosas,
que tu tesoro en tierra derramaron;
¡así tu sangre y tu ideal regaron
tu cosecha de mieses milagrosas!

Y susurraron las palmas
con un trémulo rumor
que puso espanto en las almas
y en el pendón español:
"No me pongan en lo oscuro
a morir como un traidor,
yo soy bueno y como bueno
moriré de cara al sol..."

Callaron los palmares. Y los ríos
que vieron tu caída, sollozaron,
y en sus dulces murmuríos
y en su canción plañidera
también ellos susurraron:
"Yo quiero cuando me muera
sin patria, pero sin amo,
tener en mi tumba un ramo
de flores y una bandera..."

Y las flores de mayo, para cumplir tu sueño,
quisieron afanosas, con inútil empeño,
escapar de sus tallos y formarte un cendal;
lloraban dulcemente los ríos en sus cuencas,
se inclinaron las palmas y juntando sus pencas,
formaron a tu muerte como un arco triunfal.
Y lloraban los ríos su canción plañidera,
seguían sus rumores pidiendo una bandera;
y unos trozos de cielo y unas nubes de tul
bajaron lentamente como por un encanto
formando a tu cadáver como un mágico manto
con dos franjas de blanco y tres franjas de azul.
Y la Patria a tu lado sollozando miraba
cómo en el manto mágico tu sangre dibujaba
un triángulo teñido de trágico arrebol;
dejó que de tu sangre se extendiera la huella

y entonces le dió un beso y dibujó una estrella
—la marca de sus labios brillando como un sol.

Esa fué tu bandera de sublimes colores;
pero tu otro deseo, ¿aquel ramo de flores
que forjara tu musa de inmortal soñador?
Acepta como un ramo el pobre canto mío,
donde la flor es verso y es lágrima el rocío
y el matiz es la rima y el perfume es amor.

Aguila que cansada de tu vuelo,
sentiste la nostalgia de la tierra
y descendiste rápida del cielo
para morir cual tórtola en la guerra;

Señor de la Palabra, Caudillo de la Idea:
observa que tu pueblo ya no tiene librea
y rompió sus cadenas con suprema altivez;
pero en el día fúnebre en que más grande brillas,
el pueblo redimido se encuentra de rodillas:
¡tu recuerdo sagrado le arrodilla otra vez!

1919

EL RESCATE DE SANGUILY

Marchaba lento el escuadrón riflero:
ciento veinte soldados de la España
que llevaban, cual prueba de su saña,
a Sanguily, baldado y prisionero.

Y en un grupo forjado por Homero,
treinta y cinco elegidos de la hazaña,
alumbraron el valle y la montaña
al resplandor fulmíneo del acero.

Alzóse un *yaguarama* reluciente,
se oyó un grito de mando prepotente,
y un semi-dios, formado en el combate,
ordenando una carga de locura,
marchó con sus leones al rescate
¡y se llevó al cautivo en la montura!

1919

MALTIEMPO

Fué el choque del centauro y del infante,
fué el encuentro brutal, fué la porfía
del impulso cargado de energía
con la tranquilidad más arrogante.

Fué una bélica música vibrante,
fué la voz del clarín en rebeldía,
que tocando a degüello parecía
un formidable grito de ¡adelante!

Vibró la nota lastimera y larga
Requirieron la brida los jinetes;
emprendió la legión de la victoria

con galope frenético la carga...
¡y el huracán de cascos y machetes
descerrajó las puertas de la gloria!

1919

SAN PEDRO

Al fin cayó el león; aquí la historia
hubiera vuelto con cariño arredro:
este fué su Tabor; este San Pedro
le abrió las puertas de la misma gloria.

Aquí finalizó su ejecutoria,
la progresión gigante de su medro
aquel titán de robustez de cedro,
aquel rebelde de feliz memoria.

Y aquí, en el delirar de su agonía,
se juzgo necesario todavía
para las libertades y la guerra

sintióse derrotado por la suerte
y clavó las espuelas en la tierra
¡para cargar contra la misma muerte!

1919

MENSAJE LIRICO CIVIL

(A José Torres Vidaurre, poeta peruano. En Madrid.)

José Torres Vidaurre: ¡Salud! Salud y gloria,
hermano apolonida: Salud para la escoria

miserable del cuerpo y gloria para el alma
exquisita y doliente; que el beso de la palma

y del laurel descienda sobre tu sien fecunda.
¡Lucha con las tormentas! ¡que tu bajel se hunda!

¡quizás qué bella playa deparará el naufragio!
Lucha y confía siempre: tu apellido es presagio

de brillantes combates y de triunfo sonoro;
que sobre las anónimas tinieblas del Olvido,

Vidaurre, *Vita aurea*, por su vida de oro
fulgirán las simbólicas torres de tu apellido.

(Otra etimología, de origen vizcaíno,
me da también Vidaurre como "primer camino".)

Y tras de mi saludo, te contaré mis penas
por las cosas de Cuba que no te son ajenas,

y que no pueden serte ajenas por hermano
mío, y por tu fervor de sudamericano.

Yo bien sé que la tierra de los Inca-Yupanqui
no padeció del triste proteccionismo yanqui,

—aunque un temor futuro bien que lo justifica
el apelar a Washington sobre Tacna y Arica—

pero la patria mía, que también amas tú,
como amo yo los timbres gloriosos del Perú,

nuestra Cuba, bien sabes cuán propicia a la caza
de naciones, y cómo soporta la amenaza

permanente del Norte que su ambición incuba:
la Florida es un índice que señala hacia Cuba.

Tenemos el destino en nuestras propias manos
y es lo triste que somos nosotros, los cubanos,

quienes conseguiremos la probable desgracia,
adulterando, infames, la noble Democracia,

viviendo entre inquietudes de Caribdis y Scila,
e ignorando el peligro del Norte que vigila.

Porque mires de cerca nuestra demencia rara
te contaré la historia dulce de Santa Clara,

convento que el Estado—un comerciante necio—
quiso comprar al triple del verdadero precio.

Y si en el gran negocio existía un "secreto"
con un cambio de letra se convirtió en "decreto".

Tal cosa llevó a cabo el señor Presidente,
comprar ¡y por decreto!, devotísimamente,

si bien que nuestra Carta, previendo algún exceso,
dejó tan delicada facultad al Congreso.

(Mas el Jefe Honorable respecto a Santa Clara
dijo que se adquiriera, mas no que se pagara.)

Así, como abogado, se encomendó a San Ivo,
urdió su fundamento, improvisó un motivo,

y consecuente para sus propios desatinos,
se amuralló en sofísticos razonamientos chinos.

Mas, como entonces era Secretario de Hacienda
un coronel insigne de la noble contienda,

que portaba las llaves sagradas del Tesoro
con méritos iguales e idéntico decoro

que sus galones épicos y su apellido inmáculo
el Honorable Jefe neutralizó el obstáculo,

y esto fué lo que vimos con unánime pasmo:
¡le refrendó el decreto el seráfico Erasmo!,

señor incapaz hasta del Pecado y el Vicio,
con un delito máximo: su drama "El Sacrificio".

Así la triste fábula del antiguo convento
fué bochornoso pacto de zorra y de jumento,

pues que la vil astucia y la imbecilidad
se unieron a la sombra de una sola maldad.

Y ¿quién te dice, amigo, que porque hice uso
de un derecho de crítica a lo que se dispuso

por el decreto mágico, y al mismo Secretario
le dije frente a frente cómo era de contrario

el pueblo a tal medida, me juzgan criminal?
¡Vivo en el primer acto de un drama judicial!

Y como me apoyaron doce ilustres amigos
padeceremos juntos enérgicos castigos.

¡Al Ministro seráfico le mordieron las Furias:
sufrimos un ridículo proceso por injurias!

Pero esto es sólo un síntoma: hace falta una valla
para salvar a Cuba del oleaje maldito:

hay la aspiración de perpetuar el delito
y la feroz política se rinde a la canalla.

Hay patriotismo falso, de relumbrón y pompa,
con acompañamiento de timbales y trompa;

se cambian Secretarios en situación muy crítica
por mezquinas "razones de elevada política".

Mas ¿adónde marchamos, olvidándolo todo:
Historia, Honor y Pueblo, por caminos de lodo,

si ya no reconoce la obcecación funesta
ni aún el sagrado y triste derecho a la protesta?

¿Adónde vamos todos en brutal extravío,
sino a la Enmienda Platt y a la bota del Tío?

José: nos hace falta una carga de aquellas,
cuando en el ala bélica de un ímpetu bizarro,

al repetido choque del hierro en el guijarro,
iba el tropel de cascos desempedrando estrellas!

Hace falta una carga para matar bribones,
para acabar la obra de las revoluciones;

para vengar los muertos, que padecen ultraje,
para limpiar la costra tenaz del coloniaje;

para poder un día, con prestigio y razón,
extirpar el Apéndice a la Constitución;

para no hacer inútil, en humillante suerte,
el esfuerzo y el hambre y la herida y la muerte;

para que la República se mantenga de sí,
para cumplir el sueño de mármol de Martí;

para guardar la tierra, gloriosa de despojos,
para salvar el templo del Amor y la Fe,

para que nuestros hijos no mendiguen de hinojos
la patria que los padres nos ganaron de pie.

Yo juro por la sangre que manó tanta herida,
ansiar la salvación de la tierra querida,

y a despecho de toda persecución injusta,
seguir administrando el cáustico y la fusta.

Aumenta en el peligro la obligación sagrada.
(El oprobio merece la palabra colérica.)

Yo tiro de mi alma, cual si fuera una espada,
y juro, de rodillas, ante la Madre América .

1923

INDICE

Impreso en los Talleres Tipográficos de Editorial Lex, situados en Amargura 259-261, La Habana.


LIENDO